CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

MENSUARIO DE DIVULGACION CULTURAL



SEPTIMO CURSO
LOS FORJADORES DE LA CONCIENCIA NACIONAL

Agosto, 1952

Talleres de
EDITORIAL LEX
LA HABANA

20 cts.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 5 a 6 p.m.

por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

AÑO III — NOVIEMBRE 17 DE 1952 — No. 45

Período de tirada: Mensual.

Director: Dr. Jorge Mañach. Administrador: **Miguel A. Martín.**

Redacción: Circuito C.M.Q.-Radiocentro.

Imprenta: Editorial Lex, Amargura 259.

Suscripción anual: $2.00

Acogida a la franquicia postal e inscripta como correspondencia de segunda clase en la Administración de Correos de La Habana.

IX

Dra. Anita Arroyo

Cirilo Villaverde y su Novela

COMO un gran fresco sobre muros de nuestra historia patria, veo yo la novela de Cirilo Villaverde. Todos ustedes saben que **Cecilia Valdés** es la mejor novela que sobre tema cubano se ha escrito en nuestro país. Tal vez alguno no recuerde a su autor, pero el pueblo en general conoce a **Cecilia Valdés** como encarnación suya, siente que es sustancia suya y que le pertenece. Y es que la eficacia de la obra de arte, en este caso una novela histórica notable, su resonancia popular, resulta siempre superior a la de cualquier otro medio de expresión. Ni la historia, cultivada con creciente éxito entre nuestros escritores, ni la sociología, ni el ensayo de carácter científico, ciencia alguna, aunque tenga por centro al hombre mismo, ejerce tan positiva influencia en la sensibilidad del pueblo como la obra de arte que acierte a dar expresión estética a una gran porción de su drama social. No hay manifestación intelectual que contribuya de modo tan manifiesto a la integración de una conciencia nacional como la obra literaria que logra trascender a la masa popular. Y esto ha logrado Cecilia Valdés: ha llegado al pueblo de Cuba y es un testimonio de su historia colonial. Este gran lienzo de la sociedad cubana del siglo XIX, como le llamó Manuel de la Cruz, es el trasfondo de nuestra vida actual. No somos más de lo que aparentamos, a pesar de lo mucho que hemos progresado, porque fuimos aquello, es decir, lo que en sentido histórico continuamos siendo. Por el arte logró Villaverde, con su novela, lo que no pudo conseguir Saco con sus **Papeles**. Este erudito, estadista y sociólogo, verdadero

rastreador de nuestros males coloniales, planteó el problema social cubano del pasado siglo. La falta de libertades políticas, la esclavitud, el juego, la vagancia fueron los goznes sobre los cuales giraron sus trabajos exhaustivos, abordados con autoridad el pasado domingo desde esta misma mesa de la Universidad del Aire. Como Sarmiento en la Argentina, Saco enarboló entre nosotros la bandera de la civilización contra la barbarie. Empero, así como el novelista venezolano Rómulo Gallegos adoptó esa tesis americana y le dió forma en su asombrosa **Doña Bábara,** Villaverde incorporó al arte el contenido social de los **Papeles** de Saco. Si éste, en verdad, sólo a la postre alcanzó lectura extensa y detenida en minorías exiguas, y hoy solamente es pensamiento que trabajan los estudiosos de nuestra cultura, el novelista en cambio, levantando la obra de arte sobre los mismos datos que iluminaron la inteligencia del estadista colonial, logró echar hondas raíces en el pueblo. Es que Villaverde crea el cuadro vivo sobre los hechos denunciados por hombres que se han venido estudiando en este curso de la Universidad del Aire, esto es, el despotismo, la explotación, la esclavitud del negro y la del blanco, las diferencias entre españoles y criollos, el problema económico, la situación política y social, en una palabra, el clima vital del siglo XIX. Y **Cecilia Valdés** es la expresión dramática, viva, de los problemas planteados y estudiados por el autor de **La historia de la esclavitud.** Sólo que éste escribe papeles científicos y el novelista pinta con colores brillantes y acaso indelebles la propia vida cubana.

Veamos ahora qué estrecha correlación hay entre el escritor y la cubanía de su novela, de su mejor novela.

Cirilo Villaverde es un cubano de la clase media culta, a que pertenecieron los fundadores de la nacionalidad que en este curso estudiamos; esa clase media creadora del siglo XIX cubano, la más ilustrada, de aquella sociedad. En ella tuvo su alba nuestra conciencia nacional. Esa élite de hombres de cultura universal, que centraban sus actividades en descubrirle y hacerle un espíritu a la patria esclavizada, se enfrentó, por un lado, con la aristocracia, de resabios anacrónicos, clase dominante que gobernaba las riendas del poder y de la riqueza y que ahe-

rrojaba tanto a la clase media ilustrada como al pueblo ignorante y misérrimo, pero doliente y ya alumbrado por ansias crecientes de libertad.

El destino trae al mundo a Villaverde —1812— precisamente en un ingenio, y es el de su nacimiento el año en que él hace nacer también a la protagonista de su novela, a Cecilia Valdés. Desde niño se familiariza con lo que luego va a pintar con tonos muy vivos: el paisaje, el ambiente y la esclavitud en nuestros primitivos ingenios azucareros. Cuando en 1834 —fecha crucial para nuestra historia, porque marca definitivo rompimiento entre cubanos y españoles— Saco es expulsado de Cuba, Cirilo Villaverde es un jovencito de veintidós años. Es un jovencito que está sintiendo ya el dolor de la patria sojuzgada en manos de un déspota, el general Tacón. El padre del novelista había sido médico rural, lo que permitió a Cirilo convivir desde pequeño con el campesinado cubano y conocer su miseria. Enviado a La Habana, el abuelo, viejo imaginativo y conversador, influye de inmediato en la imaginación creadora del niño, narraciones y cuentos que le enfebrecían, y de lo que nos dará testimonio en su novela "El Penitente". En San Alejandro aprende a dibujar. Por eso, tal vez, al cabo pintará con la pluma. Se gradúa de abogado, pero no se aviene a las diligencias de esta profesión, y toma los caminos del periodismo y del magisterio. Tabaja en "El Salvador" y en el colegio "Buenavista", y, cuando se traslada a Matanzas, en "La Empresa'', de los Guiteras. Entonces adviene la influencia de Del Monte sobre la condición eminentemente literaria de Villaverde. Asiste a sus tertulias, predios para la autoctonía literaria, y escribe sus primeras novelas cortas —"El espetón de oro", "La peineta calada'', inspirada en el poeta Plácido, y otras—, y el salto de estos primeros ensayos a la primera parte de Cecilia Valdés es, sin duda, violento. Daba sus frutos en el novelista la influencia de Del Monte y la influencia de Palma.

En el orden político Villaverde es primero separatista, relacionado con las empresas de Narciso López y la conspiración de "La mina de la rosa cubana". En 1848 sufre prisión y logra evadirla huyendo milagrosamente a Estados Unidos. He arri-

bado —dice al llegar— a la tierra de la libertad. Como en los días de Saco y de Domingo del Monte, los ideales políticos, por el tiempo en que Villaverde se produce, son aún ideales posibilistas. Para muchos la solución más cercana o al menos, la más viable, es la anexión a la gran república de Washington, meca de la democracia, del progreso y de la libertad. El anexionismo tuvo esa orientación por encima de la orientación realista, basada en la defensa de intereses económicos, tales como la esclavitud y la trata, que es probado alimentó la conducta de algunos de sus seguidores, principalmente de aquellos que formaron en el club de La Habana. Cuando Villaverde arriba a Nueva York, en torno al periódico "La Verdad" se mueven los anexionistas más combativos. Desde las páginas de esta publicación, Villaverde se suma entonces a esa posibilidad política, si bien fué su adhesión prudente y tibia, pues en verdad no dejó de ser entonces ni después un convencido separatista.

Toda la ideología de mediados del siglo XIX discurre muy influída por el problema negro. La presunción de que en Cuba pudiere ocurrir lo que ocurrió en Haití alarmaba a los hombres cultos. Y el anexionismo fué preocupación patriótica evidente cuando trataba de impedir que un mal de terribles consecuencias sucediera al mal que era la dominación española. Además, los movimientos de expansión territorial y la política imperialista auspiciada por el Destino Manifiesto no eran todavía en la conciencia de los políticos cubanos lo que fueron después, lo que fué, por ejemplo, en la mentalidad extraordinaria, aguda y sagaz de José Martí.

Villaverde, cubano genuino, tan buen cubano como buen escritor, nace con natural aptitud para el género en que alcanzará singular jerarquía, y hará obra de redención cubana escribiendo. Muere en 1894. Un año después, fracasadas todas las soluciones, de tipo político, estalla la guerra de independencia que el genio de Martí lanza como una solución definitiva al drama de su pueblo. Pero en ese momento, esto es, durante los preparativos de la contienda, el gran suceso histórico encuentra de nuevo a Villaverde firme y de lleno en su viejo credo separatista, apoyando, con el último aliento, la obra liberadora en que su musa, su esposa, Emilia Casanova, había puesto también sus manos

fieles de mujer y su ardoroso corazón cubano. Al estallar la guerra, muerto ya, como hemos dicho, Villaverde, peleaba su novela, dando en la conciencia de nuestro pueblo nuevas batallas por la libertad. "Cecilia Valdés", síntesis de fuentes étnicas, símbolo, a su modo, del pueblo de que era parte, cobraría desde entonces inusitado prestigio entre nuestros valores literarios.

En lo novelesco se da lo más cubano de nuestra literatura en el siglo pasado. Desde los más remotos antecedentes del género, que habría que ir a buscar en los artículos costumbristas de **El Papel Periódico,** hasta la culminación de aquél en la obra de Villaverde, varios son los escritores que enriquecen el acervo de tradiciones patrias, bajo la influencia principalmente de la novela romántica inglesa de Walter Scott: José Antonio Echeverría, quien con su libro **Antonelli** inicia el género novelesco en Cuba en la década del 30 a 40 (se publica en 1893, en "La Cartera Cubana"); Ramón de Palma, autor de dos pequeñas novelas muy interesantes, de costumbres: **El cólera en La Habana** y **Una Pascua en San Marco** en las que, por su estilo, se nos revela más el escritor que el novelista —al revés que Villaverde que fué más novelista que escritor—; Anselmo Suárez y Romero, autor de **Francisco,** primera novela abolicionista que se produjo en Cuba; los hermanos Betancourt, especialmente José Ramón, autor de un interesante relato novelesco de ambientación camagüeyana, **La feria de la Caridad** y algunos otros de menor importancia, débiles ante la obra ya madura de Villaverde, que es un caso semejante al de Heredia en la poesía. En medio de estos aportes a nuestra novelística, y con carácter episódico y también secundario aparece la novela **Sab** de Gertrudis Gómez Avellaneda, que es prácticamente una producción opuesta a **Cecilia Valdés.** En tanto la primera toca de pasada, superficialmente, asuntos tan importantes como la esclavitud, y presenta un personaje alambicado y falso, el esclavo Sab, mulato semiculto y tan románticamente irreal como el **Tabaré** de Zorrilla San Martín, el segundo nos presenta en **Cecilia Valdés** un cuadro realista de la esclavitud dentro del más amplio horizonte social y de época que entre nosotros haya abarcado escritor alguno. La razón determinante del valor puramente literario de **Sab,** en oposición al

valor trascendente y definitivo de "Cecilia Valdés", está en que mientras el uno es mero pretexto decorativo, la otra es motivo central, y jugo y sustancia verdaderos La obra de la poetisa universal que es la Avellaneda tampoco pretende otra cosa que ser un mero pasatiempo de su pluma juvenil, pues fué compuesta por la camagüeyana cuando apenas contaba veinte años. Villaverde, en cambio, madura como novelista nacional a lo largo de un proceso de cuarenta años durante el cual escribió, retocó y completó su novela famosa, esto es, desde 1839 hasta 1882. Todo esto sin que nos ocupemos, desde luego, de las circunstancias personales de ambos escritores, que fueron totalmente diferentes. La Avellaneda marchó pronto de su patria y se adentró en el mundo literario y social de España. Villaverde se mantuvo siempre estrechamente vinculado a Cuba. Por eso y por su virtud, su obra influye directamente en la formación de la conciencia nacional cubana. No puede decirse lo mismo de la obra de la poetisa que en planos universales ha situado, en cambio, tan alta la gloria de nuestras letras.

Cuba entera, la Cuba de los días coloniales de mediados del pasado siglo, desfila por las páginas de **Cecilia Valdés,** el más valioso de los libros cubanos del género de ficción. Y es que, con todo lo que de novelesco hay en la obra, mucho hay también en ella de historia. El autor nos traslada una narración verídica, exacta, de la vida cubana de la pasada centuria. Cuando pinta la sociedad de entonces, dividida entre amo y esclavo, en el orden social, y entre españoles y criollos en el orden político, una sociedad de violentos contrastes, asentada sobre el trabajo servil y el despotismo gubernativo, nos parece asistir físicamente a ese mundo abigarrado e incipiente. El cuadro social de "Cecilia Valdés" nos revela un sociólogo en el novelista. En tres planos claramente diferenciados sitúa Villaverde la clase culta cubana de la época. Esta constituye la minoría imperante frente a la masa de blancos y negros mestizos que, sumida en la pobreza y en la esclavitud, forma la mayoría de la población. En primer lugar, las prerrogativas del poder político oficial, el Capitán General y sus adláteres, con facultades omnímodas. A seguidas, la aristocracia de la sangre, exigua y en muchos casos de dudosa procedencia. Un poco más abajo, en cuanto a pre-

bendas y consideraciones, la clase adinerada o aristocracia del dinero, que en nombre de su fortuna aspira a título de nobleza.

A este último grupo pertenecen los Gamboa, ricos terratenientes, dueños de haciendas. Hay un episodio en la novela que pinta la estratificación social de la colonia. Va en una volanta el joven Leonardo Gamboa y un amigo suyo de la más rancia nobleza, Fernando de O'Reilly, en los momentos en que se atraviesa en el camino nada menos que el carruaje oficial del Capitán General. La guardia obliga a retroceder al coche de los jóvenes, para dar paso a la primera autoridad de la Isla. Gamboa siente cierta complacencia en ello, porque si bien por encima de él y de su familia están los O'Reilly, ahora es visto que un miembro de ellos siente el peso de otra clase social, la que tiene el poder político, y que está por encima de los aristócratas de sangre o de dinero. Un segundo corte en el cuerpo social de la época es la clase media a que perteneció Villaverde. La componen funcionarios, que por lo general tienen que adular servilmente a los superiores, médicos, abogados, gente de letras, estudiantes. Debajo de estos estratos está la gran masa amorfa del pueblo, dividida a su vez en categorías complicadas por el factor racial, que se combina con los factores políticos y económicos: el blanco proletario, y el liberto que había logrado romper cadenas. Los últimos son generalmente mestizos, como el sastre Uribe, como el músico Pimienta. Y junto a éstos, atropellada es de la sociedad que los utiliza como bestias de trabajo, la masa de esclavos, verdadero protagonista colectivo de la obra. La negra pintura que de los horrores de la esclavitud hace Villaverde le da a la obra un enorme claroscuro. Si bien ensombrece el alma del lector más indiferente, ofrece a la crítica, es lo cierto, el mejor logro de la novela. Sin estos grabados fuertes, patéticos, trazados por mano maestra de costumbrista, la obra perdería su fondo impresionante de tragedia humana y social: aquellas ocasiones en que se detiene el novelista a describirnos la vida de los esclavos en el ingenio "La Tinaja", los tormentos a que eran sometidos, la estampa del negro que se traga su propia lengua para evadir el martirio, la del que aparece ahorcado en el monte, la imagen del cepo, del boca-abajo, del tormento de la escalera,

y, finalmente, el chasquido del látigo, que es como el leit-motiv de la vida en esas primitivas fábricas de azúcar y de dolor, resultan crudas, pero magníficas páginas de una historia que no puede borrarse. Como **La Cabaña del Tío Tom**, de Enriqueta Beecher, "Cecilia Valdés" contribuyó a la abolición de la esclavitud mucho más que las leyes burladas de la trata, que los alegatos científicos o admonitorios.

Y aprovechando esa estructura de acero de la novela —la sociedad colonial y su lacra mayor, la esclavitud— mil y un detalles de pintor retratista que enriquecen las páginas de la obra: los tipos, los acontecimientos narrados, las ferias con sus costumbres y licencias, el abuso del juego, los bailes de **cuna**, como llamaban a los organizados por gente de la raza de color; las recepciones en la aristocrática sociedad filarmónica que fundara Félix Varela, las excursiones al cafetal de los Ilincheta o al ingenio de los Gamboa, los sucesos históricos, todo está creado con tan criollo sabor, tan saturado de color local como pueden estarlo los cuadros de Landaluce. Porque precisamente lo que este artista hizo con la línea y el color lo hace aquí el escritor con la pluma. Y no sabemos, en verdad, cuáles son más reales, si los tipos del pintor o los del novelista, pues éste pinta con absoluto realismo un gran cuadro, verdaderamente un lienzo de grandes proporciones, de Cuba colonial. La colonia tiene en esta obra un retrato. Ese es el alto valor histórico de la novela. Todo en "Cecilia Valdés" es cubano y todo es sentido con amor a Cuba. En sus páginas quedaron registrados, además, nuestro paisaje y nuestro ambiente. La descripción de la campiña cubana, principalmente la de la región pinareña, tan intensamente amada por el escritor, y la de la flora, que recoge con detalles son excelentes. El medio físico nuestro y la captación por vía de la sensibilidad, del ambiente, la atmósfera espiritual característica de cada país sólo los logran los verdaderos escritores y son en este caso valores positivos de la novela. Si en lo histórico es un corte profundo sobre el cuerpo vivo de la sociedad de su época, en lo literario la obra, a través del relato, que es de calidad artística innegable, logra expresar muy cubanamente el carácter de un país que desde entonces tiene características peculiares. En

los más leves detalles se advierte nuestra idiosincrasia. La alusión a las residencias y al moblaje de la época, al desenvolvimiento de las costumbres, de los oficios y de las artes más humildes nos ponen en conocimiento de la vida cubana en sus más varias manifestaciones epocales. No faltan en las páginas de este libro bellísimo y fiel los personajes más famosos del siglo. En ellas el General Vives, despachando arbitrariamente los asuntos públicos a tiempo que veía lidiar sus gallos que un asesino por él indultado cuidaba con esmero. En ellas Plácido y Dodge, su compañero de infortunio, los mismos que pocos años después habrían de ser víctimas de la represión desatada con pretexto de la Conspiración de La Escalera. En ellas un baile en la sociedad filarmónica con el famoso violinista Brindis de Salas concurriendo a sus salones. En ellas el Seminario, el Colegio Seminario "San Carlos y San Ambrosio de La Habana", que el obispo Espada había convertido en un vigía de la cultura universal, y en el que son luminarias Varela y Saco compartiendo las labores de la cátedra de Cívica cuando el primero la deje al segundo para marchar de Cuba. En fin, que por estas páginas desfilan todos los hombres de relieve en la vida cubana del momento, y todos en acción como lo está el personaje secundario que pulula por las mismas, mayorales, esclavos, hombres de oficio y condición varia.

Una de las características que acrece el valor de la pluma del novelista es la que le permite presentar las escenas en pleno movimiento. En cualquiera de sus capítulos hay un momento en que el escritor imprime un ritmo vivísimo al relato. Recuérdese, por ejemplo, el recorrido, de volantas y carruajes por el entonces nuevo Paseo del Prado.

La novela de Villaverde es un film de una etapa de la evolución de un pueblo que quizá todavía como nación se encuentre en fase formativa. Para estudiar el siglo XIX ningún otro libro le aventaja. Fuente obligada de consulta de todo el que vaya a hurgar en nuestro pasado, hasta para hacer la historia de las artes industriales de nuestro país tuve yo que ir a las descripciones de Villaverde para lograr los viejos tinajeros criollos y otros muebles de su época.

No hemos tenido en Cuba un Diego Rivera o un Orozco que nos pinten murales de la historia de nuestra patria, pero en cambio Villaverde se nos ha ofrecido sin duda como el pintor que la sociedad colonial cubana necesitó y, que gracias a Dios y a su talento de artista, supo dejarnos vigorosamente retratada en las páginas de una novela inmortal.

TEXTOS

EJEMPLO DE NOTICIAS HISTORICAS:

"En aquel mismo punto, se abrieron las poderosas hojas de cedro de la puerta del Seminario, más conocido entonces bajo el nombre de Colegio de San Carlos. . ." "Allí se enseñaba filosofía; ahí enseñó por primera vez esta ciencia a la juventud cubana el ilustre padre Félix Varela, quien para ello redactó un texto, apartándose enteramente del aristotélico, único seguido en Cuba hasta entonces desde la fundación de la Universidad de La Habana en 1714, en el convento de Santo Domingo. Cuando después en 1821 el padre Varela marchó de representante a las cortes españolas, quedó sustituyéndolo en la misma cátedra, el más aventajado de sus discípulos: José Antonio Saco..."

Como ésta se dan muchas otras noticias de gran interés sobre los acontecimientos culturales más notables de la época. Hasta la imprenta de Boloña, donde trabajara el poeta Plácido, aparece en alguna parte de la novela.

EJEMPLO DE ESTAMPA COSTUMBRISTA:

"Fuera del templo había lo que se entendía por feria en Cuba, que se reducía a la acumulación en la plazuela o en las calles inmediatas, de innumerables puestos ambulantes... donde se vendía, no ciertamente artículo alguno de industria o comercio del país, ni producto del suelo, ...sino meramente baratijas de escasísimo valor, confituras de varias clases... Pero esto no era por cierto el rasgo más notable de nuestras fiestas circulares. Había en el espectáculo algo que se hacía notable por demasiado grosero y procaz. Nos encontramos ahora a los juegos de envite y de manos que hacían parte de la feria y que provocaban con sus estupendas, aunque mentirosas ganancias, la codicia de los incautos." Sigue después hablando, ya en tono de sociólogo, sobre el sistema de gobierno basado en el principio maquiavélico —dice— de "corromper para dominar."

Después del suceso a que hice alusión en que destaca el novelista las marcadas diferencias entre las distintas clases sociales, el pueblo y las aristocracias del poder, de la sangre y del dinero, escribe Villaverde al final de ese interesante capítulo. (Cap. II de la Segunda Parte):

"Probaba esto que había en La Habana alguien superior y más privilegiado que un segundo génito de conde, aunque grande de España de primera clase. En la acepción recta de la palabra no era demócrata Leonardo, mas le disgustó mucho el atropello del malojero y casi se alegró de las mortificaciones que experimentó su amigo en el paseo, cual si hubiesen querido humillarle el orgullo. Evidente, pues, aparecía, que las distinciones sociales del país, sólo aprovechaban en todas circunstancias a la autoridad militar, ante la cual, nobles y plebeyos, debían doblar la cerviz."

Es que Leonardo, con todo de ser un joven rico, frívolo y sensual, malcriado y consentido por su madre, ya siente las injusticias que se cometen contra el pueblo indefenso y, en general, contra el nativo. El resquemor criollo, de que se ha hablado como primer síntoma de inconformidad y de protesta del americano contra el peninsular, está patente en estas palabras de Leonardo hablando con profundo desprecio de su padre:

"¡Alegrarle! —le dice doña Rosa a su esposo don Cándido— ¡Qué poco conoces a tu hijo! Le di la noticia (se refiere a que les llegaba en el próximo correo de España el título de condes de la casa de Gamboa). ¡Y sabes lo que me contestó! Que la nobleza comprada con la sangre de los negros que tú y los demás españoles robaban en Africa para condenarlos a eterna esclavitud, no era nobleza sino infamia y que miraba el título como el mayor baldón..." Este grito de insurgencia del muchacho enamorado de Cecilia, símbolo del mestizaje de nuestra raza, se explica después de haber presenciado a lo largo de las más crudas páginas del libro los horrores de la esclavitud. Sobre ella les leeré ahora los siguientes textos:

En medio de una descripción de las bellezas naturales de su amada región de Vuelta Abajo, contemplando el valle desde las montañas de la hermosa Cordillera de los Organos, se pregunta el novelista: "¿Pero qué pasara por allá abajo? ¿Sería aquella la morada de la paz? ¿Habría dicha para el blanco, reposo y contentamiento alguna vez para el negro, en un país insalubre y donde el trabajo recio e incesante, se imponía como un castigo y no como un deber del hombre en sociedad..." ¿Aquellas fincas colosales (el autor denuncia el latifundismo colonial), que representaban la mayor riqueza en el país, eran los signos del contento y de los puros placeres de sus dueños? ¿Habría dicha, tranquilidad de espíritu para quienes a sabiendas cristalizaban el jugo de la caña-miel con la sangre de millares de esclavos?"

Indudablemente que no podía gozar de felicidad un país basado en la explotación del hombre por el hombre. La trata le roía la raíz a la

Colonia, porque, dice el novelista: "Para el amo en general el negro es un compuesto monstruo de estupidez, de cinismo, de hipocresía, de bajeza y de maldad y el solo medio de hacerle llenar sin murmuración, reparo, ni retraso la tarea que tiene a bien imponerle, es el de la fuerza, la violencia, el látigo." Pero esto no sólo lo dice el novelista en tono ensayístico sino que lo pone en acción en manos de sus personajes: las injusticias de los Gamboa para con sus esclavos, el ensañamiento de los mayorales en martirizar a los infelices negros, contrastan en las vívidas escenas con el lujo de las familias en esos mismos escenarios donde el tintineo de la vajilla de plata de los amos se mezcla macabramente al indignante estallido del látigo que arranca gritos de dolor a los esclavos. Negro mundo de amos y de esclavos el que pinta magistralmente el novelista. El más profundo drama de la novela está en esta lucha entre el poder señorial cubano, basado en la esclavitud, y los ideales de libertad humana y de independencia económica, política y social que andaban pugnando por abrirse paso entre tantas tinieblas e intereses creados.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Tenemos en primer lugar a un huésped muy distinguido en Cuba, el eminente historiador de las letras hispanoamericanas Dr. Luis Alberto Sánchez, que ha venido de Puerto Rico, en cuya Universidad es actualmente profesor, para ofrecer un curso de verano en la Universidad de La Habana. La Universidad del Aire saluda afectuosamente al ilustre crítico y le agradece mucho la colaboración que tan amablemente nos presta esta tarde. Completan el cuadro de interrogadores para esta audición el Dr. César García Pons y el Dr. Salvador Bueno, ambos, así como el Dr. Sánchez, del elenco de profesores de la Universidad del Aire. Ofrezco al Dr. Luis Alberto Sánchez la oportunidad de iniciar el interrogatorio a la Dra. Arroyo.

DR. SANCHEZ: Muchas gracias doctor Mañach. Muchas felicitaciones, Dra. Arroyo; pero como aquí he venido no como convidado de piedra, sino como convidado parlante, voy a formular algunas preguntas. Unas de tipo literario y otras de tipo quizás un poco social. De tipo literario es la siguiente: Villaverde escribió sobre un personaje que vivió en su tiempo. Se considera generalmente la novela de Villaverde como una novela histórica. A mí me interesaría conocer el criterio de la Dra. Arroyo. ¿Son novelas históricas las que escribe un autor sobre su tiempo y que el tiempo vuelve históricas, o son novelas históricas las que un autor escribe sobre un tiempo que no vivió? Esta es una cuestión de tipo estrictamente literario.

DRA. ARROYO: Yo creo que la posteridad hace históricas las novelas que realmente lo han merecido, porque han relatado toda la vida

de una época. Ese es mi concepto, es decir, que no es que sea el hecho histórico porque existió el personaje, eso es lo de menos. Puede haber existido el personaje en la realidad, pero haberle él atribuído características tan exactas a las que en esa época tuvieron la mayoría de los hombres, o el tipo de hombre que se fuera a retratar, que precisamente sea histórica, aunque no haya existido ese tipo. O sea que lo histórico no es lo anecdótico, por supuesto.

DR. SANCHEZ: Voy a aclarar un poco, aunque estoy muy satisfecho. Mi impresión es la siguiente: cuando nace la novela histórica, sobre todo cuando escribe Lunsomi a propósito del tema histórico, el criterio que prevaleció fué que la novela histórica se llamaba así porque se refería a una época pasada. Y le cito el caso de Nadmel, que escribe en el 51 y prácticamente re-escribe, en el 53, sobre la época de Rosas, con documentos que tiene a la vista. A mí se me ocurre que Nadmel quiso hacer más que nada una novela política, una novela polémica, que el tiempo después ha vuelto histórica. Y ahí están las dos formas de entender lo histórico: el concepto clásico de que es el autor que escribe sobre una época que no vivió, resucitándola; y el otro: que la posteridad la hace histórica. En eso creo que estamos perfectamente de acuerdo.

DRA. ARROYO: Estamos de acuerdo.

DR. SANCHEZ: La otra pregunta es la siguiente: en la novela de Villaverde aparece, como dice la Dra. Arroyo, la clase media actuando contra la aristocracia dominante. Es muy curioso esto, porque otros países —por ejemplo, en casi toda la América, con excepción de Cuba y México—, lo que actúa en realidad es una minoría aristocrática culta, y la clase media y todo lo demás, se confunden en una inmensa masa inculta. Mi pregunta es: ¿cree la Dra. Arroyo que esta actuación de la clase media, como clase dirigente, ha influído de alguna manera, como en el caso de México, en hacer más viable una vida democrática en Cuba, pese a cualquier sistema de gobierno? (Me refiero a la convivencia democrática.)

DRA. ARROYO: Creo que sí, que ese fenómeno precisamente se ha dado en estos dos países, porque hay una clase media definida con estos caracteres que hemos señalado.

DR. GARCIA PONS: Dra. Arroyo, después de celebrarle su magnífica conferencia, quiero hacerle una pregunta. Usted destaca el valor literario, fundamental, de la novela de Villaverde, y su influencia desde el punto de vista del movimiento de la conciencia cubana y de su evolución durante el siglo XIX. Hay un novelista español, que en relación con la novela de Villaverde, expresa dos opiniones: una desde el punto de vista de lo que para él, escritor europeo, significaba esa novela, una novela americana; la otra desde el punto de vista de las ideas políticas —que en este caso son las que a nosotros nos interesan— en cuanto a la formación de la conciencia nuestra. ¿Qué me puede decir de eso?

DRA. ARROYO: Hay un juicio de un novelista europeo, español, sumamente interesante, y que ratifica algunas de las cosas expuestas en la lectura nuestra. Pérez Galdós escribe a Villaverde (creo que en 1883) una carta muy breve, pero muy elocuente, que apunta tres ideas principales. La primera nos honra, porque dice sorprendido que él no pensaba que un cubano fuera capaz de escribir una novela tan excelente. Así les pasa a casi todos los extranjeros ante nosotros, que nos creen todavía "indios con levita". Dice también Pérez Galdós que "Cecilia Valdés" "es honra de la lengua". También en esta segunda idea le da su verdadera categoría literaria, y por último, una tercera idea en la carta, que ratifica el valor patriótico y violento de la novela, y que está en absoluto desacuerdo con todo lo que desde este punto de vista escribe Cirilo Villaverde, lo cual le da un mérito extraordinario, porque ¿cómo no iban a estar en desacuerdo Cuba y España, cuando, como decía Heredia "no en balde entre Cuba y España tiende inmenso sus olas el mar"? Estimo que esa carta se debiera divulgar, para darnos "la mayoría de edad literaria" que realmente alcanzamos en muchos de nuestros autores.

DR. BUENO: Después de felicitar a la Dra. Arroyo por su magnífica disertación, quisiera hacerle dos preguntas. La primera es la siguiente: si Cecilia Valdés es la novela representantiva de la Cuba Colonial, de la Cuba de 1830, es por reflejar los problemas de aquella época: la esclavitud, las relaciones entre las razas, el despotismo colonial. A mí se me ocurre preguntarle: ¿para llegar a forjar una novela similar, en su contenido social, qué problemas, qué cuestiones cubanas actuales habría que aportar para esa novela contemporánea?

DRA. ARROYO: Una pregunta muy interesante y de actualidad. La novela que llegara a ser, en el período nuestro, similar a Cecilia Valdés, esa novela que está por escribir, tendría que ser la que acertara a plantear, en los mismos términos amplios en que Villaverde lo hizo, ese horizonte social tan grandes que abarca la novela y que tendría que ser el horizonte social actual nuestro, que es plantear toda la problemática cubana actual, cosa gravísima y tan complicada, como era entonces la problemática social colonial. Pero el autor que planteara esta problemática social, tendría que hacerlo, como es natural, con calidad literaria, que es el primer factor para hacer una buena novela. Quien sabe si esta juventud actual usted, por ejemplo, pueda llegar a escribir una obra así. Nada de particular tendría.

DR. BUENO: Muchas gracias por esas palabras. Ahora, la otra pregunta. Cecilia Valdés se escribe o por lo menos se redacta su primera edición hacia 1838; después no se produce en todo el siglo XIX una novela cubana de un calado social humano en general, igual a aquélla, y actualmente, hasta nuestros días, no se ha producido. ¿Qué causas sociales, y hasta artísticas, han impedido que en Cuba se vuelva a producir una novela como Cecilia Valdés, de la cual carecemos?

DRA. ARROYO: Contestar esa pregunta sería muy extenso, porque casi sería analizar la problemática social cubana. Yo creo que ha habido intentos, pero que se han quedado en eso, en puros intentos. Porque es muy difícil reunir estas dos cosas: calidad literaria y exactitud ambiental. Hay muchas novelas que tratan de la revolución cubana, de infinidad de nuestros problemas actuales, pero que no tienen valor literario. En cambio, hay algunas novelas que tienen valor literario, pero que no tratan ningún problema cubano de importancia. Es muy difícil, que coincidan ambas aptitudes como coincidieron en Villaverde, el gran cubano. También es muy difícil de encontrar hoy "el gran cubano" que fuera capaz de haber vivido lo que después escribe. Quién sabe haga falta eso, un gran hombre que viva y cuente la tragedia actual de nuestra sociedad, con caracteres literarios, en las dos formas. Fíjense cuantas cosas difíciles hay que reunir, por eso yo creo que no se ha dado. La calidad humana es también muy importante en este caso.

COMENTARIOS de la Dra. Anita Arroyo sobre los textos de Cirilo Villaverde, leídos por ella con anterioridad.

(A) Como ésta, se dan otras muchas noticias de interés en la novela sobre los acontecimientos culturales más notables de la época.

(B) Como ustedes ven mencionan el juego, o sea, los mismos problemas que Saco plantea. Pero aquí lo está diciendo..

X

José Russinyol

Luz Caballero como Forjador de la Conciencia Cubana

"El verdadero revolucionario no es el hombre de acción: es el que tiene ideas más nobles y más justas que los otros, y las arroja en medio de la sociedad para que germinen y echen frutos, y las defiende, si el caso llega, no con la violencia, sino con el sacrificio."

NO sospechaba el vigoroso rebelde hispano Angel María Ganivet que al escribir en su Ideario Español las anteriores líneas, había logrado la más precisa semblanza de José Cipriano de la Luz y Caballero.

Porque al gran cubano le tocó la tarea de revolucionar con las armas evangélicas del amor, la justicia y la verdad, un medio en el que se juntaban "en el grado más alto y profundo,

las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral".

Cristo no usó otras armas para hacer la revolución más profunda de la Historia.

Nació Luz el 11 de julio de 1800, cuando moría el cargado siglo XVIII, el de la Filosofía. Un temblor de creación sacudía el orbe. La onda de la Revolución Francesa llegaba a todas partes. Rugía el hervor libertario y antiesclavista de Haití. Prendía la revolución emancipadora desde México hasta la Tierra

del Fuego. Cuba se halló en el cruce de todas las conmociones, y su Metrópoli, para conservar el último florón del vastísimo imperio donde el Sol jamás se ponía, se aferró a ella con ahinco inquisidor.

De los 62 años que comprendió la vida de Luz, apenas cinco fueron de relativa libertad constitucional. Durante ella gobernaron en Cuba los peores Capitanes Generales que España nos envió: Vives —el que confió al juego, la vagancia y el vicio la abyección que impidiera las rebeldías de la dignidad—; Tacón —el déspota reaccionario que odiaba todo lo americano—; O'Donnell —el procónsul feroz del año del cuero—; Gutiérrez de la Concha, bajo cuyos mandatos tanta sangre cubana se derramó.

En lo demográfico, una creciente población africana, que a sombra de la trata monstruosa llegaba a lograr en 1841 un 58% para la raza negra. La tercera parte de la población total de Cuba era esclava, población que desde Aponte vivía en sorda efervescencia, y era objeto de incesante preocupación para los blancos, temerosos de una matanza como la de Haití en 1791. Y el 8% peninsular (ínfima minoría) disponía soberanamente del país.

En lo cultural, una inmensa masa analfabeta, no menor del 85% de la población total; una sombra de instrucción primaria, sin más calor que el poco que podía darle la benemérita Sociedad Económica de Amigos del País, la cual sólo recibía $8,000 de ayuda oficial, a pesar de que Cuba ya enviaba a España algunos millones de pesos fuertes. La instrucción secundaria y superior se hallaban bajo la férula de una Universidad teocrática y medioeval hasta la reforma de 1842, con la que mejoró algo, no mucho.

Costumbres, hábitos... los reflejados a maravilla en la Cecilia Valdés, de Villaverde: una de esas confirmaciones del aserto aristotélico de que la Literatura a veces es más verdadera que la Historia. El negrero y traficante de carne humana —a lo Cándido de Gamboa— imperando en connivencia con las autoridades; la mujer, muy católica y amable con sus iguales, como doña Rosa de Sandoval, la que exclamaba, ante el látigo feroz del mayoral, restallante sobre los esclavos: "¡Hase visto gente más bruta!"

Mientras el cura que la acompañaba se sonríe, se sonríe... ¿Y la juventud, la de los ensueños generosos? Ahí también está Leonardito, "el ejemplar de toda la especie", como dijo Manuel de la Cruz: "enervada en la opulencia y la holganza, con vagas aspiraciones al liberalismo y con soberbias punibles de esclavófilos". Y junto a esta sociedad que goza y ríe, el mulato José Dolores Pimienta afila su puñal vengador.

Una carta de Del Monte describe lo que llama este "bajalato", que no puede llamarse patria"; corrompido todo: Administración, Foro, Iglesia; con leyes escritas, pero que no "conoce el absolutismo colonial, con su bastarda esencia de brutalidad militar, ignorancia y aristocratismo". No había más luminarias en ese cielo oscuro que la Sociedad Económica, los grandes colegios privados y un grupito de hombres egregios.

Como resumen del medio en el que nació y vivió Luz Caballero, está la pincelada vigorosa de Sarmiento en "Facundo": "La Habana es el pueblo más rico de América, pero también el más subyugado y más degradado."

El hombre predestinado a regenerar ese medio vino dotado pródigamente en múltiples aspectos. Reciedumbre moral de raíz hereditaria: una madre de gran carácter y austeridad; un tío-abuelo también "santo y sabio", el Presbítero José Agustín Caballero; familia cristiana y honorable. Talento de primer orden; pasión para poder ser de los primogénitos del mundo; vocación religiosa por el estudio y la investigación; espíritu de sacrificio; desahogada posición económica, para poder viajar, completarse y resistir. La Naturaleza le negó, en cambio, salud suficiente en la mayor parte de su existencia; acaso para templar y sublimar en grado estoico —"espartano", él diría— un carácter ya de suyo extraordinario.

Hasta los veinte años pareció arrobarse en la carrera eclesiástica. Vistió órdenes menores. Pero de ellas lo liberaron acaso algunas llamadas de la carne juvenil y la comprensión de que en su medio el sacerdote —oficiante del único culto consentido— afrontaba el dilema de convertirse en "instrumento activo de la perenne iniquidad", al decir de Piñeyro, o tener que irradiarse, como Félix Varela.

La repugnancia a ser cómplice de esa iniquidad fué la que lo determinó, como a otros próceres de la época, a renunciar más adelante al ejercicio de la abogacía, que le brindaba seductores beneficios económicos. Foro, pleitos, Tribunales de una Justicia oficial inclinada ante los Generales de turno, no podrían avenirse con el hombre de la toga viril, el que prefería el desplome del firmamento antes de ver caer del pecho humano el sentimiento de la justicia, sol del mundo moral...

Así descubrió su vocación profunda, justamente la misma que el deber de la hora cubana le imponía: la enseñanza. Jamás hombre alguno pudo abrazarse más gozosamente al "amor fati", que exaltó Nietzsche.

A los 24 años era Profesor de Filosofía en el Seminario de San Ambrosio, en la misma ilustre cátedra que antes regentearon Varela y Saco. Pero hubo de abandonarla al finalizar el año 1826.

Viaja entonces por Estados Unidos y Europa. Todo lo visita e investiga. Habla con los hombres más célebres de la época, utilizando para ello su dominio del inglés, francés, alemán e italiano, idiomas que poseía con perfección, además del español, el latín y el griego. Estos viajes acendraron su saber. Religión, Ciencias y Filosofía serían madre nutricia de su ser.

Al regresar a Cuba, en 1831, viene decidido a consagrarse a la Patria, por la vía de la enseñanza. Trabaja fervorosamente en la Sección de Educación de la Sociedad Económica. Colabora en la Revista Bimestre. Propaga el método explicativo, que perfeccionó en Europa, y a este efecto publica un "Texto de Lectura Graduada". Rinde su memorable Informe sobre el Instituto Cubano, que después comentaremos. Dirige el Colegio de San Cristóbal o de Carraguao, con éxito inusitado. Da clases privadas en su casa. Y durante cinco años (1838-1843) profesa el Curso Libre de Filosofía en el Convento de San Francisco, que hace época en la historia de nuestros altos estudios. Simultáneamente sostiene varias controversias públicas, sobre todo en la que impugna la filosofía ecléctica del profesor francés Víctor Cousín, cuyo "optimismo histórico" juzgaba peligroso para la

juventud cubana, por cuanto tendía a la aceptación de lo existente.

A la vez, se enfrenta con los Capitanes Generales. Lleva en persona al Gral. Tacón la defensa a favor de Saco, desterrado arbitrariamente de La Habana; dirige, frente al mismo General, la campaña para elegir diputado a Saco; y, ampara vibrantemente al cónsul inglés David Turnbull, ardiente abolicionista,

Tanta labor fervorosa acabará por minar gravemente su organismo. Nuevo viaje. Se hallaba en París en 1844 cuando recibió, como Domingo Del Monte· una citación de la Comisión Militar Permanente que juzgaba la tristemente célebre Conspiración de la Escalera, donde fué arteramente involucrado. Del Monte no le presta atención al llamado del Tribunal. Luz, por lo contrario, considera, como Sócrates, que un educador tiene el deber de dar a la juventud el ejemplo de respeto a la Ley, sin importarle las consecuencias personales. Deber y respeto a la Ley: los dos soportes de toda sociedad civilizada.

Regresa, pues; hace la defensa más sobria y digna que cupo; y da una de sus lecciones más vívidas y ejemplares. Su absolución arrastró la de otros acusados· Pero estuvo condenado tres años por pertinaz y agobiadora dolencia: se anticipaba su ancianidad gloriosa.

Tan pronto mejoró, quiso dar ejecución al gran sueño de su vida: fundar un colegio propio que fuera, según sus propias palabras "escuela de pnesamientos y virtudes", donde no se formaran "filósofos expectantes ni eruditos de argentería, sino hombres activos de entendimiento y más activos de corazón''. Bajo esa consigna nació "El Salvador".

Si tuviéramos que concretar en un solo hecho la máxima creación del espíritu cubano en el siglo XVIII, diríamos que fué el plan de reforma de la enseñanza que en ocasión memorable propuso con calor el Padre José Agustín Caballero, el ilustre ascendiente. Y en el siglo XIX, anterior a 1868, el colegio del Salvador. A la misma familia debe Cuba esos dos momentos supremos.

No podemos analizar aquí el contenido didáctico del Salvador, como procuramos hacer hace años en otro trabajo. Pero

infinitamente más que el plan de estudios, necesariamente conformado a las ordenanzas vigentes entonces, fué el espíritu que aquel sabio laico imprimió a su templo docente el que lo convirtió en fragua de la mejor generación que Cuba produjo. Todo se aunó allí: la excelencia del método explicativo, extendido a todas las clases, lo que conducía a un razonar independiente, de largo alcance futuro; la convivencia íntima y perenne del Director con sus discípulos, consagrado por entero a sus "hijos espirituales": aquel bíblico cuadro de todos los amaneceres, en que Luz, rodeado de sus alumnos, elevaba preces al cielo "por la tranquilidad de nuestras conciencias", y aquellas pláticas sabatinas, en las que el Maestro, con los Evangelios en la mano, daba, al decir de Piñeyro, "su gran lección de moral práctica al alcance de todos..., de tal manera, que hombres y niños... creían sentir pasar sobre sus cabezas algo sobrenatural, algo como una voz potente y vibrante de profeta anunciado... un misterioso porvenir". Nunca el aula cubana había vibrado así, ni creo que haya vuelto a sentir sobre ella, con igual intensidad, ese soplo del Eterno. Sólo la tribuna apostólica de Martí pudo igualársele, en mensaje, emoción y pureza.

Al Salvador Luz ofrendó los últimos catorce años de su existencia. Separado de la esposa orgullosa, muerta la madre amadísima, tronchada en flor su única hija, Luz se fundió con su Colegio en un amor místico. Y en él expiró, entre sus libros y sus discípulos, sólo sintiendo morir en momentos tan críticos para Cuba. En su elogio a Nicolás Manuel Escobedo había estampado una cláusula bellísima, que podría ser, exactamente, su propio epitafio: "Nació respirando patria, y respirando patria vivió y murió."

Toda Cuba se asoció al duelo de los hijos espirituales. Porque presentía, como escribió uno de ellos —Manuel Sanguily— que "los que conducían en hombros su cadáver, escoltaban las escorias sagradas de un milagro".

Un milagro, en efecto, en su estricto sentido etimológico: maravilla portento. No otra cosa fué el transformador de la masa

de carbono, que simboliza Leonardo Gamboa, en los purísimos brillantes de la generación del 68.

Para forjar una nueva conciencia en la juventud cubana, Luz utilizó los dos resortes mágicos: el ejemplo y la educación. "Lo decisivo para la evolución moral del adolescente es la persona a quien él se adhiere con toda su fe en la vida", ha dicho un psicólogo ilustre (Spranger). Intuir los valores morales por el ejemplo es la llave de oro de la educación. Y si algún cubano se acercó al Evangelio vivo para ser de veras un educador, fué Luz Caballero.

Nació rico, pudo ser sacerdote bien dotado con suculenta capellanía, abogado de clientela fastuosa, hacendado opulento, brillante profesor universitario aquí o en Europa. Pero declinó todo eso para ser... maestro de escuela. Sabía que para forjar la nueva conciencia cubana había que ir a la semilla: al niño. Por eso más de una vez habló de "semilleros".

Si Cuba, por inexorable devenir histórico, había de ser independiente un día, urgía formar los hombres capaces de la vida libre. Flotaba en las conciencias más responsables la tremenda cuestión planteada valientemente a Saco por el Lugareño: "¿Crees tú que hijos de esclavos de españoles pueden ser hombres libres?"

Y a formar hombres se aplicó con tesón heroico. Tuvo que empezar por "resignarse, para que Cuba fuese", por utilizar la expresión martiana. "Se sofocó el corazón... para dar tiempo a que se le criase de él la juventud con quien se habría de ganar la libertad que sólo brillaría sobre sus huesos. Así preparó la hoguera henchida de leños para la hora de la combustión".

Y ya con esa autoridad inigualada se aplicó a la siembra generosa de los más altos valores humanos: justicia, verdad, deber, libertad, patria, rebeldía oportuna, entereza de carácter, primado de lo espiritual. Continuó así la tradición moral que iniciada en Varela y Heredia llega hasta Martí y Varona. Todos ellos concibieron la emancipación política como forma de superación moral.

Tres grandes americanos, contemporáneamente, buscaron por la vía de la educación, la felicidad de sus pueblos: Bello, Sarmiento y Luz. Sugestivo es el cotejo de sus idearios educacio-

nales, creo que no intentado formalmente, y que ahora no es posible hacer. Pero sí de afirmar que Luz, en peores condiciones hizo lo suyo: formar la élite patricia, que ensancharía, a su tiempo, el apóstol de masas para fundar la República. Por eso ha podido aseverar uno de los más acuciosos investigadores de Luz, el Sr. Manuel I. Mesa Rodríguez, lo siguiente: "Los cubanos deben tanto a Luz y Caballero como a Céspedes y a Martí; si éstos enseñaron el camino de la libertad, Luz formó la conciencia del deber, y sin esa conciencia no puede existir la libertad."

Porque no hay duda: su enseñanza en aquel medio fué de esencia revolucionaria. No otra cosa era la rebelión contra el principio de autoridad, en nombre de la razón soberana; la prédica, con el ejemplo, de los supremos valores morales; el ejercicio continuo del espíritu crítico. Este practicismo de su filosofía hacía resaltar el contraste vivo entre la doctrina y la vida del Maestro de todas las ciencias y virtudes, y el estado social y político de Cuba.

En su época nuestros mejores hombres buscaron que "Cuba fuese", por rumbos distintos. El evolutivo, de Saco y Pozos Dulces; el anexionista, de Aldama y el Lugareño; el de la Revolución armada; y el de templar primero, en "el silencio fundador", el material humano para los empeños de una vida superior. ¿Cuál era el mejor? ¿Eran excluyentes?... Luz escogió el último: menos resonante, más lento, pero también más sólido a la postre. De manos del que Sanguily llamó, más que educador, "escultor de almas", "artista de hombres", salió la conciencia del 68: la de sus discípulos directos o indirectos: los Agramonte, Sanguily, Piñeyro, Ayestarán, Gálvez, Juan Bruno Zayas, Honorato del Castillo Zambrana, Angulo y Heredia, Jorrín, Zenea, Ramón Palma, Domingo Madan, los Guiteras... Jamás sembrador alguno ofrendó mejor cosecha.

Cuando Luz se hundió en la eternidad, el 22 de junio de 1862, Martí, aun sin conocerle, confiesa que sintió "su primera pena grande", y que lloró por él. Moría para pervivir en los cubanos sin amo y con decoro. En el 95 y en la República —a veces— ha latido su mensaje. Un día de 1929 el último discí-

pulo del Salvador, ya a los 83 años, Profesor de Instituto, declaraba a un periodista: "Nunca yo he sentido una impresión de superioridad tan grande como la que fluía de aquel hombre. Cuando Céspedes lanzó el grito de Yara, hasta los muchachos de catorce años que no podíamos con el rifle, nos fuimos a la manigua. Esteban caldeados nuestros corazones con la palabra de don Pepe."

Y acaso siga "caldeando", ya en el cincuentenario de la Independencia de la Patria.

T E X T O S

POLITICA Y AMBIENTE

"Poco o nada hay que esperar de España en cuanto a mejoras sobre nuestro sistema político. A veces se varían los nombres, pero las cosas siguen siempre lo mismo." (Carta a Saco.)

"En la cuestión de los negros lo menos negro es el negro... ¡Cómo contamina la esclavitud a esclavos y amos! ¡En qué atmósfera vivimos sumergidos!... No puede existir un hombre más en desarmonía con esta sociedad (desde la cumbre al cimiento) y sin embargo, vivo amándolos a todos y aun por eso los amo más, porque no hay otro remedio en lo humano que el amor."

"Sin duda que es más desagradable ver que oír los males de la patria, aun cuando los abulte la distancia, y máxime si no pueden remediarse; pero no es tan heroico como el verlos, y empeñarse en remediarlos, aunque luchando hasta donde alcance las fuerzas. Así puede llegar el caso de ser más meritorio, y más provechoso a la patria, la permanencia en ella."

"Cuba no está preparada para gozar de la independencia: para que lo esté soy yo maestro de escuela."

"Es menester impacientarse y no impacientarse: lo primero para madurar la fruta; lo segundo, porque ha de madurar. En la historia y como de la historia, es forzoso mirar ciertas cuestiones... Hay momentos, empero, en que es conveniente acelerar la madurez."

"Hombres, más que instituciones, suelen necesitar los pueblos para tener instituciones."

"¿Cuál es el único medio seguro de que algún día se vean coronados nuestros deseos, realizados nuestros ideales? ¡La educación y sólo la educación!"

EDUCACION (Del Informe sobre el Instituto Cubano y de los aforismos)

"...Abrir nuevas carreras a la juventud de nuestra patria, condenada a consagrarse exclusivamente al foro, a la medicina o a la holganza; difundir los conocimientos químicos para perfeccionar la elaboración de nuestros frutos y aprovechar nuestras ventajas naturales; abrigar en nuestro propio seno, sin necesidad de mendigar al extranjero, hombres capaces no sólo de concebir, sino de ejecutar grandes planes aun en sus últimos pormenores; mejorar algunas profesiones de las existentes...; fertilizar el vasto campo de la educación, ofreciéndoles más idóneos cultivadores; contribuir al adelantamiento de las artes liberales y mecánicas entre nosotros...; tales son, en resumen, las más urgentes necesidades físicas de la patria: tales los más eficaces remedios para curar algunas dolencias morales que la aquejan... Dar a la institución un sesgo enteramente práctico y aplicable a nuestras preferentes necesidades."

"...Si hasta en las naciones más cultas y morigeradas se ha juzgado indispensable para el mejoramiento de la educación primaria erigir, no solamente clases, sino colegios especiales para adoctrinar a los maestros en la teoría y práctica de la enseñanza, qué no será en nuestro naciente país, donde se hace tan necesario reformar desde la infancia las costumbres del pueblo, peculiarmente contaminadas por la atmósfera de esclavitud en que nacemos, vivimos y morimos. Causales tanto más perentorias para que los maestros sean unos dechados dignos de imitación... ni hay otro medio eficaz de predicar costumbres que el ejemplo, ni los mejores planes de enseñanza pasan de meros pliegos de papel sin honrados y hábiles preceptores. Esperar lo uno sin lo otro sería pretender un efecto sin causa... En fin, valiera más no establecer escuelas absolutamente, que poner a la niñez a cargo de entes inmorales o inexpertos... Para impedir, pues, que un osado especulador... usurpe el más sagrado de los ministerios, fuerza es que se obligue a todos los aspirantes a presentar un certificado de haber concluído sus cursos en la clase normal del Instituto... entablando exquisitas pesquisas sobre la conducta de los candidatos antes de admitirlos al examen que se les hace sufrir... para optar a las vacantes por concurso."

"La enseñanza es un contrato con Dios, no con los hombres."

"Tengamos el magisterio, y Cuba será nuestra."

"Educar no es dar carrera para vivir, sino también templar el alma para la vida."

"La educación debe hacer hombres de bien antes que eruditos; ciudadanos más bien que hombres de ciencia."

"Nos proponemos fundar una escuela filosófica en nuestro país, un plantel de ideas, de sentimientos y de método. Escuela de virtudes, de pensamientos y de acciones: no de expectantes eruditos, sino de activos y pensadores." (Del Elenco de 1840, proposición 200.)

FILOSOFIA (De la Impugnación a Cousín; de los Elencos y de los aforismos.)

"Yo sí trato de política en mis artículos de Filosofía; no para tratar de política, sino para inspirar a la juventud la justa desconfianza que debe animarla respecto de unos hombres que prostituyen la dignidad de la ciencia, haciéndola servir a los fines de la política o de intereses especiales."

"...el poder de las letras es y ha sido más eficaz de lo que suele creerse... ¿Quién hizo, quién formuló la Revolución Francesa? Los filósofos del siglo XVIII."

"Las ciencias son los ríos que nos llevan al mar insondable de la divinidad."

"No tengo yo, sino hay en mí."

"Todos los sistemas y ningún sistema: he ahí el sistema."

"Si cambian nuestras ideas acerca del mundo y sus fenómenos, por virtud de los nuevos descubrimientos, cambian igualmente nuestras ideas acerca de la causa primera y de todas las cuestiones ontológicas."

"La libertad, el alma del cuerpo social. La libertad, el fiat del mundo moral. Unica panacea para restañar y cicatrizar las heridas que ella misma (su abuso, la licencia), u otras causas, infieren a la sociedad. Absoluta es menester que sea, y ésta es la tendencia de la humanidad. No quiero más freno que la religión y la razón; incluyendo en éste el de la autoridad."

D I S C U S I O N

DR. MAÑACH: Para actuar como interrogadores esta tarde hemos invitado al Dr. Luis A. Baralt, profesor de Filosofía en la Universidad Nacional, al proefsor Manuel Mesa Rodríguez, autoridad reconocida sobre Luz y Caballero, y al Dr. Rafael García Bárcena, una de nuestras más distinguidas figuras en el campo de los estudios filosóficos. Los tres pertenecen al elenco de profesores de la Universidad del Aire. Ofrezco al Dr. Baralt la oportunidad de iniciar el interrogatorio.

DR. BARALT: Será muy difícil que este interrogatorio mío esclarezca o agregue nada a lo que ya es la claridad misma. La disertación del Dr. Rusinyol nos ha pintado con trazo sintético, pero de una gran precisión, la figura de don Pepe. Pero yo quisiera darle la oportunidad a él para que agregase algo que esclareciese un poco, para nuestro auditorio, respecto a lo que significa don Pepe en el orden de la Filosofía. El ha hecho una mención atinente a la posición del Maestro frente al eclecticismo de Cousin y ha insinuado algunas aristas de su pensamiento filosófico, algo de su eticismo central y algo de sus métodos en cuanto al encauzamiento del pensar en la vida. Pero sería

interesante saber si, en efecto, en José de la Luz Caballero hay un pensador netamente filosófico y si ese pensamiento puede adscribirse a alguna de las corrientes fundamentales del pensamiento filosófico de su época.

DR. RUSINYOL: Con mucho gusto, Dr. Baralt. Desde luego, debo hacer la aclaración de que el tema está centrado en Luz Caballero como forjador de la conciencia cubana, y que por lo tanto tienen que quedar un tanto marginados algunos aspectos de esta personalidad múltiple, como el aspecto literario, el aspecto filosófico, el aspecto de psicólogo, el de lingüista, que también lo fué. Sin embargo, parece justo aclarar para el gran público oyente esta posición filosófica de don José de la Luz. Es obvio que para contestar concretamente la pregunta del Dr. Baralt, acerca de si Luz Caballero fué propiamente un filósofo, habría que plantear la eterna cuestión de si sólo son filósofos los creadores de un sistema o aquellos que sin crear originalmente un sistema filosófico tienen, eso sí, un pensamiento fuerte, un lucubrar intenso, aunque no original. En este último caso, indudablemente, está Luz. En su época él fué la mente filosófica más aguerrida y completa, no ya de Cuba, probablemente de la América, según lo reconoció, en sus memorables conferencias filosóficas, Enrique José Varona en 1880. A todas luces en Luz Caballero hay una dualidad que conviene destacar porque es una de las notas principales de su vida y de su obra. En él hay un gran filósofo, una gran mente que sigue los rumbos del experimentalismo, los rumbos casi del positivismo, aunque propiamente la escuela positivista vino después; pero ya el rumbo de su pensar fué científico. Habría que afiliarlo a la tendencia aristotélica frente a la de Platón, es decir, iba a los hechos, era muy cauto para generalizar, seguía con Bacón la observación cuidadosa de la naturaleza, recomendaba esencialmente el método experimental para de ahí elevarse a la intuición y llegar por vía inductiva, acaso, hasta las propias esencias divinas. Pero al lado de este pensador experimental de filiación positivista, aristotélica, frente al idealismo alemán, con el cual nunca comulgó, y que fué una de las notas que le fueron antipáticas en Cousin, hay que señalar un fervor religioso, una sensibilidad tan exquisita, que para Sanguily forma, precisamente, la esencia de Luz Caballero. Claro que tenemos esta dualidad: un hombre de recio pensamiento científico, de método experimental, amante de la observación, de la experimentación, de la inducción; que no aceptaba nada ni siquiera las nociones de espacio y de tiempo, que Kant había aceptado como innatas. Considera que no hay ningún conocimiento a priori, no hay ideas innatas, todo es producto de la experimentación, de la observación directa del hombre, y después, de la reflexión. Desecha lo ontológico, lo metafísico, lo estrictamente metafísico, y al lado de eso, un hombre de fervores religiosos y emocionales tales que llega a Dios por todos los caminos.

Cree llegar a Dios por medio de la ciencia, como ríos insondables que llegaban a la divinidad y cree llegar también por la vía mística, por la vía del amor. En lo que respecta a su polémica, a lo que originó fundamentalmente su polémica con los hermanos González del Valle (José Zacarías y su hermano) fué que todo en la doctrina o el sistema de Cousin fué repugnante o repulsivo para Luz Caballero. No aceptaba ese vago idealismo de Cousin, esa mezcla, esa síntesis de todos los sistemas filosóficos. No porque Luz y Caballero desechara escoger en uno u otro —él mismo decía que era un escogedor—, pero se resistía aceptar una forma de pensar vaga, idealista, de una armonía bella pero más bien literaria, en que como él dice, confundía Cousin lo filológico y lo histórico con lo estrictamente filosófico, y sobre todo esa inclinación a lo que se llamó el optimismo histórico, esto es, una aceptación de lo existente, que, por lo mismo que existía, por lo mismo que era real, se consideraba racional. Todo lo real es racional, doctrina que él aceptó, y por lo tanto, como la realidad cubana de la hora no podía ser más dramática ni más repulsiva al espíritu de Luz Caballero: la esclavitud, la trata, la violación sistemática de la ley, la falta de todo respeto a la dignidad humana (recuérdese, por ejemplo, la conspiración de la Escalera, el destierro arbitrario de Saco, etc.), todo eso temía Luz Caballero, y así se lo expuso a los hermanos González del Valle. Temía que la juventud cubana "por la que siento lástima", dice él textualmente, pudiera aceptar unas teorías, unas ideas que la llevaran a un conformismo que fuera, en el fondo, aceptación de lo existente, cuando en Luz Caballero latía el gran rebelde, el gran revolucionario, pero del tipo del que nos marca el autor del "Ideario Español", Angel María Ganivet.

DR. G. BARCENA: Creo que a mí me corresponde esta tarde la misión histórica de llenar esa función de pimienta y divertimiento a que se refería, un poco humorísticamente, el Dr. Mañach.

DR. MAÑACH: Con cierta melancolía, doctor.

DR. G. BARCENA: El Dr. Rusinyol, en el principio de su brillante conferencia, traía a referencia un pensamiento de Ganivet, que yo he relacionado también con algún aforismo de Luz Caballero y con algunas palabras del propio Dr. Rusinyol en su conferencia, donde, señalando los distintos caminos que podían escoger los cubanos en un momento dado, una de esas vías era la revolución armada; para la cual el Dr. Rusinyol muestra en esta conferencia su más fervorosa simpatía. En ese pensamiento de Ganivet se contrasta la videncia con el sacrificio, se hacen hasta cierto punto opuestos el hombre de acción y el hombre de ideas, como revolucionarios. Sin duda, es más revolucionario el hombre de ideas que sabe concretamente qué cambios, qué instituciones, qué normas y qué valores hay que colocar sobre aquello que se ha destruído. El hombre de acción que solamente sirve ciegamente para

destruir, puede coincidir, con muchos hombres de acción en el acuerdo sobre lo que hay que destruir, pero no saben lo que hay que colocar por encima de los escombros de lo que se ha destruído. Lo que yo quería significar, en cuanto a ese pensamiento que sirve de introducción a la conferencia de hoy, es que seguramente no debemos contraponer la violencia a la revolución, aunque muchas veces los hombres de violencia han pasado por revolucionarios. Ni la violencia al sacrificio. Hay veces que tenemos que hacer el sacrificio de la violencia. Y aquí tiene sentido profundo aquel pensamiento de Martí cuando decía: "Cuando del empleo de la violencia depende la realización de la justicia, no emplear la violencia es delinquir." Claro, la violencia tiene sus grados y matices y todo está en ponerse de acuerdo sobre cuál es el grado que corresponde en algún momento dado emplear. Hay un aforismo de Luz y Caballero que decía: "La tiranía es una atmósfera que no permite respirar al corazón", y tenemos que plantearnos, entonces, si cuando llega ese grado de irrespirabilidad en un medio, si la violencia no es uno de los medios o seguramente el medio por excelencia, aún situando la violencia en el grado que le corresponda. Además, quería decir, hablando sobre la violencia y el sacrificio, y sobre estas palabras de Luz Caballero, que indudablemente, cuando se plantean problemas en donde las cuestiones son a escoger entre la componenda —y vamos a llamarle así, porque aun en el terreno filosófico Luz Caballero se pronunció siempre contra la componenda—, cuando se plantean problemas entre la componenda y lo que no es la componenda, tenemos que tomar el camino de la no componenda. Los independentistas del Siglo XIX eran los radicales, los intransigentes, los que no admitían la componenda del autonomismo. Eso significaban los intransigentes del Siglo XIX e independentistas. Luz Caballero se pronunció contra la componenda porque decía que "el mundo debe más a los intolerantes que a los conciliadores". Claro que los conciliadores tienen su función, pero los intolerantes también la tienen, y hay ocasiones en que la intolerancia es la carta que hay que jugar. La llamada "intolerancia", entre comillas. Así que en este caso, aplicando a Luz Caballero al momento en que vivimos tenemos que rechazar ese eclecticismo de Cousin, esa componenda, esa transacción, ese electoralismo, diríamos, y desembocar en algo que es todo lo contrario. Quizá parezca esto un poco hereje, en estos momentos en que nos movemos en una atmósfera de puras esencias filosóficas, pero si algo caracteriza a los pensadores cubanos es que no divorciaron nunca las esencias filosóficas de la realidad.

DR. RUSINYOL: Habrá observado el Dr. García Bárcena que en el párrafo de la disertación, en que se exponen las cuatro grandes directrices que los mejores cubanos buscaron para resolver el problema de Cuba, yo termino con una pregunta: ¿eran excluyentes? Esa sola pre-

gunta le está indicando que no las considero excluyentes. Lo que ocurre a mi juicio es lo siguiente:

DR. G.B ARCENA: Perdóneme. Salvo la cuestión de la anexión, que esa sí era excluyente.

DR. RUSINYOL: Desde luego. Aunque en la anexión siempre hubo un atisbo libertario para el grupo blanco. De modo que siempre había por lo menos un ingrediente de alguna respetabilidad, tanto que cubanos eminentes participaron en ella. Pero, de hecho, había más de una vía, tenía que haberla, por razones de las leyes de la historia. Ahora bien, Luz Caballero, con una resignación extraordinaria, como dijo Martí, tuvo que ser y parecer menos de lo que él era realmente. El, habituado al estudio del hecho, reforzado por la tendencia de Locke, también, que es otra de las grandes influencias sobre él, a lo experimental, a lo seguro, al estudio detenido y la observación precisa, se daba cuenta de que en aquel momento todavía no había llegado la etapa de la revolución armada, y por eso quería preparar los hombres. Por lo tanto, veo simplemente en esto una prelación: primero, preparar un poco el material humano. Después, leyes históricas de un cumplimiento fatal, aunque doloroso, nos dicen que las clases dominantes nunca ceden, exclusivamente, por las armas evangélicas del amor y de la prédica.

DR. Mesa RODRIGUEZ: En primer lugar quiero agradecer al Dr. Rusinyol la referencia que hizo en su disertación hacia mi persona, por mi trabajo sobre Luz, que le agradezco vivamente. Después, quiero referirme, de modo muy breve, a algo que él señaló y que me produjo vivo interés al ver cómo enfocaba la cuestión, porque ésta había sido una de mis grandes preocupaciones durante mucho tiempo. Si otros cubanos pensaban como yo al respecto de la actitud de Luz y de del Monte en 1844. Yo quiero decirle al Dr. Rusinyol que tengo en mi poder una carta de Domingo del Monte, de cuatro páginas, dirigida al General Leopoldo O'Donnell, por aquel que le llamó a Heredia "el ángel caído", en que dice que nunca ha sido abolicionista y que ese es un sambenito que los negreros le han querido colgar. Nunca José de la Luz y Caballero escribió semejante cosa, nunca rehusó el calificativo de abolicionista. Lo aceptó, y además, algo que he descubierto recientemente, y es lo siguiente: que hubo una reunión en París, previamente, antes de que Luz partiese hacia Cuba al enterarse de que estaba requisitoriado por la Comisión Militar. En esa reunión estaba presente Martínez de la Rosa. Todos fueron acordes en aconsejarle a Luz que no viniera a Cuba. Inclusive le mandaron una carta a Saco para que éste tratara de convencerlo, puesto que era el amigo más íntimo de Luz. Contestación de él: iré a Cuba de cualquier forma y pase lo que pase. Y a Cuba vino. Creo que en este sentido la Dra.

Piedad Maza consignó en su tesis de grado en la Universidad una frase que yo creo que debíamos tenerla siempre muy en cuenta los cubanos. Ella dijo que Luz valía más por el hombre que por sus escritos. Yo creo que es así. ¿No opinan lo mismo los señores presentes?

TODO: Exactamente igual.

Dr. MAÑACH: Si ninguno desea formular alguna pregunta adicional, damos por terminado el interrogatorio.

XI

Felipe Pichardo Moya

Semblanza de Gaspar Betancourt Cisneros

NACE Gaspar Betancourt Cisneros en la hoy ciudad de Camagüey, antigua Santa María del Puerto del Príncipe, en 1803. Tres años antes, con motivo de los sucesos ocurridos en la vecina isla de La Española y la pérdida por España de su colonia de Santo Domingo, desde ésta se había trasladado a Cuba la Real Audiencia allí establecida, Primada de las Indias; y se dispuso tuviese su asiento en Puerto Príncipe, por la situación de esta ciudad casi en equidistancia de las de La Habana y de Santiago, y así en apartamiento de las rivalidades y posibles influencias de las autoridades con sede en estas dos ciudades, cabeceras de las dos jurisdicciones en que entonces se dividía el gobierno de la Isla.

Desde los inicios de la colonización de Cuba· la situación geográfica de la que hoy es Camagüey —y que así seguiremos llamando, aunque no su nombre oficial en la época a que hemos de referirnos era aún el de Puerto Príncipe—, en el corazón de tierra adentro, y tan lejana de los mares que circundan nuestra Isla como de las otras villas fundadas por los colonizadores, dió a la demarcación principeña un singular carácter de independencia. Lugar de residencia favorito del conquistador Vasco Porcayo de Figueroa —sin duda el de más férreo temple de los que se establecieron en Cuba—, donde tuvo numerosa y

distinguida descendencia, era por el respeto que el mismo inspiraba y según cuentan documentos de la época, como una zona neutral en las frecuentes rencillas entre gobernadores, cabildos, obispos y oficiales reales, que caracterizaron los primeros tiempos de nuestra vida colonial; y fué desde un principio tierra de ganadería y de rescates, asegurándose así una economía propia, a la que nada importaban las pragmáticas fiscales dictadas por el trono metropolitano, ni el paso por el Puerto de La Habana de las flotas reales. El aislamiento de la villa dió a sus gentes, con el orgullo de sus entronques familiares, el carácter firme y altivo de quienes se bastan a sí mismos; el paisaje de un peniplano interminable, como es el de la región, les hacía ver todas las cosas en línea recta y equidad de reparto de sol, mientras la falta de horizontes de mar y de montañas los encadenaba al predio doméstico con devoción provinciana; y lo uno los obligaba a visiones de igualdad democrática, en tanto lo otro les daba un exclusivismo aristocrático. Y no está de más subrayar aquí, de paso, que esta conjunción ha caracterizado, a lo largo de nuestra historia, a los próceres camagüeyanos que la misma recuerda —evoquemos a Ignacio Agramonte, a Salvador Cisneros Betancourt, a Calixto Bernal, a Enrique José Varona—, todos proyectándose en línea recta de credos democráticos y voluntad de aristócratas.

El establecimiento en Camagüey de la Real Audiencia venida de Santo Domingo, justificado según antes dijimos por esa situación geográfica de la ciudad, diera a ésta una singular importancia, contribuyendo notablemente a su prosperidad económica, el hacerla centro de la administración judicial de la Isla, y en consecuencia lugar de convergencia de litigantes, procuradores y abogados; pero además, y esto llegó con el tiempo, cuando los cubanos iniciaban sus luchas por la independencia, a ser subrayado oficialmente por el General Concha, interesando el traslado a La Habana de la Real Audiencia, la presencia de ésta robustecía el carácter independiente de los camagüeyanos, que se veían de cerca amparados por el alto Tribunal sin temor a las represiones del gobierno político. Al propio tiempo, los señores Oidores eran como el centro de un círculo escogido, al

que se incorporaron no pocas familias venidas de Santo Domingo por la misma causa que trajo a Cuba la Audiencia, o sea, la pérdida por España de dicha colonia, y la antigua Santa María del Puerto del Príncipe recibía con los Bernal· los Márquez, los del Monte, los Sterling y otros emigrados dominicanos, nuevas corrientes de pensamientos, que contribuían igualmente a acentuar aquella independencia de carácter.

Alrededor de este círculo de selección cultural y económica, iban a deslizarse la niñez y la adolescencia de Gaspar Betancourt Cisneros, en la más que cómoda instalación que le proporcionaban las riquezas y las relaciones de una familia que gozaba del general respeto. Descendía por línea paterna de nobles franceses, que pasaron a España por mediación de las Islas Canarias, y de éstas a América. Un antepasado lejano, caballero de la Tabla de Francia, abandonó sus estados de Normandía para ser conquistador y rey de Tenerife; y un su sobrino, envió sus hijos al Nuevo Mundo. Entre nosotros, desde muy antiguo, la estirpe ha dado representantes de singulares méritos, dondequiera que ha arraigado; y en Camagüey, ya en 1757 Diego Alonso de Betancourt —y este nombre se repite constantemente en la familia—, era Alcalde Ordinario. Otro Alonso Betancourt conspira por la independencia patria a comienzos del siglo pasado, y en el fracaso de una aventura expedicionaria, enfermo y abandonado en las desiertas playas de Caimán Grande, debe la vida al cruce casual de un velero inglés. Un Tomás Pío escribe en 1839 una Historia de Puerto Príncipe, que recoge en sus Memorias la Sociedad Patriótica; era un botánico notable, un benefactor generoso y el más opulento hacendado de la región oriental. Diego Alonso de Betancourt es, ya en tiempos más recientes, rancio caballero rico en haciendas y en hijos, que se destacaron en la vida provinciana por sus virtudes y su saber, al igual que el padre por su filantropía. Otro descendiente, Angel Ciro, es en nuestros días jurisconsulto eminente y Presidente del Tribunal Supremo de Justicia. Un José Ramón, periodista y conspirador, emigra en 1825 a México, y desde allí lucha por la libertad de la patria lejana. Otro José Ramón, su hijo, es abogado distinguido, Presidente del Liceo Habanero, fer-

viente patriota que merece de sus conciudadanos la diputación a Cortes, y hombre de letras de singulares méritos, que en su novela "Una Feria en la Caridad" nos deja una viva descripción del Camagüey de mediados del siglo pasado. En el padre del Lugareño, el viejo y sonoro nombre de Alonso de Betancourt se enriquece con el apellido Aróstegui, no menos ilustre, y en el hijo, las virtudes de la sangre paterna se acrecientan con las de la materna. Doña Leonor de Cisneros viene también de noble tronco, que igualmente ofrece a Cuba distinguidos patriotas. Por dos veces se mezclan ambas sangres, en dos magníficas personalidades camagüeyanas; en Gaspar Betancourt Cisneros y en Salvador Cisneros Betancourt, y cada una de ellas queda clavada para siempre en las más nobles devociones patrias. Al marqués de Santa Lucía pudimos conocerlo de cerca los cubanos de mi generación, en el ocaso de su vida gloriosa como pocas, recta como su estatura, noble como el azul de su mirada, limpia como la blancura de sus canas. Del Lugareño nos habla con elogio la historia de nuestro siglo XIX, tan pródigo en grandes hombres, y esto basta para la feliz consagración de su memoria.

En plena juventud —no tenía aún los veinte años de edad—, Gaspar Betancourt Cisneros, que vivía en Camagüey la vida fácil del hijo de familia en magnífica instalación social y económica, fué a completar su educación, en estudios y trabajo material, a los Estados Unidos; y al contacto con la libertad norteamericana pudo notar, en relieves que antes no viera tan ásperos, la triste suerte con que su isla natal sufría un sistema colonial que nunca haría posible a sus gentes el sosiego feliz en dignidad de hombres. Al mismo tiempo se relacionaba de cerca con cubanos y latinoamericanos allí emigrados por causas políticas —conoce a José Antonio Saco, a Gener, a del Monte, a José María de Heredia, y estuvo en tertulias con Manuel Vidaurre y otros de análoga significación, como Vicente Rocafuerte y José Antonio Miralla—, y sentía afirmarse en él la voluntad de acción encaminada en beneficio de la patria, lo que a su juicio exigía en primer término la separación radical de España. Conspira para lograrla; y un día del año 1823, parte en unión

de José Aniceto Iznaga y otros ilusos, en la que él llamó después quijotesca aventura de Colombia, a llevar un mensaje a Bolívar, demandando su auxilio para la independencia de Cuba. Sabido es el fracaso de este empeño por causas ajenas a la voluntad de los mensajeros. El Lugareño regresa a Cuba, y afincado en su tierra natal camagüeyana, entre 1838 y 1840 publica en la "Gaceta de Puerto Príncipe" sus admirables "Escenas Cotidianas", que firme con el desde entonces famoso pseudónimo de El Lugareño. Poco simpático al Gobierno, es obligado por las vicisitudes políticas a expatriarse; vive de nuevo en los Estados Unidos, y en 1852 preside en New York la Junta Cubana, en pie de apartar a Cuba del dominio español; y conocida sobradamente es su actuación a lo largo del período de nuestra historia, entre romántico y burgués, en que los cubanos amantes de la libertad se enfrentan, para lograrla para su Isla, a encrucijadas en que se confunden la anexión a los Estados Unidos y el anhelo de total independencia. El Lugareño, sin esperanzas de una independencia obtenida por el solo esfurzo cubano, y creyente en la necesidad del mejoramiento físico y moral de nuestro pueblo por el cruce con otras sangres y el influjo de otras civilizaciones, defendió el anexionismo como ley imperiosa de la realidad existente. Se ha dicho que en él la anexión fué un cálculo y no un sentimiento. De todos modos, su ideal era la libertad, en próspero florecimiento para su patria; y durante años, en Cuba, en New York, en Europa —en viaje que debía ser de recreo y en que siempre tuviera presente la suerte del país natal—, estuvo en todo momento en contacto, personal o epistolar, con los que como él exponían vida y hacienda para lograr la felicidad de Cuba. Y a los sesenta y tres años de edad, con un poco de desencanto por tanto esfuerzo malogrado como ha visto, presintiendo y deseando la epopeya de 1868, pero quizás temeroso de sus proyecciones en un porvenir para Cuba semejante al de las repúblicas hispanoamericanas, que lograda la independencia no acertaran con el camino de la pacífica libertad, muere en La Habana dos años antes del grito de Yara; y su cadáver es trasladado a Camagüey, donde su entierro es grandiosa manifestación de duelo general.

Pero con ser sincera y gallarda· quizás no sea la actuación política de El Lugareño la que deba subrayarse principalmente —y de aquí que la señalemos tan sólo a saltos—, en este curso de la Universidad del Aire, que se consagra a los forjadores de la conciencia nacional. Otra actuación tuvo él, con su pluma y con el ejemplo de su vida, precisamente en proyección de lugareño, que le ofrece merecidamente un destacado lugar entre esos forjadores; actuación de carácter social, que aun hoy hace actual su nombre, por existir todavía entre nosotros problemas que él quiso resolver, y resolvió localmente en cuanto le permitieron sus fuerzas, las realidades del ferrocarril de Camagüey a Nuevitas, y los terratenientes del fundo de Najasa.

En 1923, hace casi treinta años, en la fiesta inaugural de una sociedad de instrucción y recreo fundada en Camagüey y que se amparaba bajo el nombre de El Lugareño, nos tocó en suerte pronunciar el discurso de apertura· que naturalmente giraba alrededor de la vida del ilustre comprovinciano. Ahora, después de transcurrido más de un cuarto de siglo, al hablar de El Lugareño y teniendo a la vista lo no poco que sobre él y su época se ha escrito desde entonces, y dejando aparte las pretendidas galas de una oratoria en entusiasmada juventud, pudiéramos repetir aquel discurso; porque en él decíamos, y es hoy nuestra visión de El Lugareño, que la mayor grandeza de este prócer está en su vida, al parecer modesta, de esfuerzos consagrados a la prosperidad espiritual y material de su terruño; una vida en este sentido no superada por otra alguna de las que recuerda nuestra historia, y que así necesariamente tenemos que situar en primera fila, entre las de los grandes hombres de nuestro siglo XIX.

Predicando el amor a la tierra, productora de riquezas y base del sentimiento patrio, El Lugareño repartió en bien divididos lotes gran parte de las muy feraces de su mayorazgo de Najasa, dándolas a censo a hombres de campo· en quienes despertó así el amor al trabajo y al suelo propio, fomentando la creación de los pequeños propietarios rurales. En más de una "Escena Cotidiana" hizo ver la conveniencia, y la patriótica necesidad, de que los grandes terratenientes practicaran el sistema.

Inspirado en el mismo deseo de hacer ciudadanos en plenitud, de su peculio El Lugareño fundó escuelas rurales y granjas modelos. Crea, preside, subsidia, sociedades de estrechamiento de vínculos civiles. Hace particulares obras de caridad. Y expone su tranquilidad y su hacienda en la fundación del ferrocarril que uniría a su ciudad natal con el puerto de Nuevitas, el segundo que recorrió tierra cubana, y uno de los primeros del reino español; pudiendo imaginarnos lo que significó, en aquella época y en una región tan devota de las tradiciones como Camagüey, esa empresa, en la que arriesgó trabajo y capitales propios, entre la indiferencia general y la desconfianza de un gobierno que, comenzando por sospechar del mismo Lugareño, terminaba por entorpecer maliciosamente cuanta obra de progreso idearan los hijos del país.

A esta labor firme y continua de mejoramiento social, El Lugareño acompaña la que realiza con su pluma, en constante colaboración en la "Gaceta de Puerto Príncipe" y "El Fanal", divulgando principios de sana economía, de agricultura y ganadería, de educación familiar y ciudadana. Así nos ha dejado sus "Escenas Cotidianas", en las que la amplia cultura del autor y su sagaz observación del mundo que lo rodea, se mezclan en un estilo de fácil gracejo de buen escritor, que también podemos admirar en su correspondencia de las distintas épocas de su vida; porque en sus cartas como en sus artículos, la original personalidad de El Lugareño se hace visible, y en unas y en otros a veces salta la sátira bien intencionada, en la que era maestro, y se nota la singular habilidad con que sienta un postulado de importancia en una sola frase, gráfica y desenfadada, de relieves clásicos. Tienen así las cartas y las "Escenas" valores literarios, a más de los históricos; y es de lamentar que la agitada vida de Gaspar Betancourt Cisneros, solicitada a la vez por el amor a la patria grande, la devoción al terruño y las atenciones familiares, le impidiera una sosegada labor literaria, en la que seguramente hubiese brillado con luz propia, como permiten suponerlo las "Escenas Cotidianas", que las más pueden estimarse como admirables artículos de costumbres. Y bien está señalar aquí, de paso, que también tuvo El Lugareño devociones por

la pintura, debiéndosele, entre otros intentos y al decir de su deudo y discípulo José Ramón Betancourt, un retrato de la Tula Avellaneda, que decoró un tiempo la casa principal de su hacienda "El Ciego de Najasa".

Perdonadme ahora, para terminar, una referencia personal, que nos permite subrayar la permanencia de la obra de El Lugareño. Ya en nuestros días, en nuestro más que centenario bufete de Pichardo, de Camagüey, un cliente distinguido, al que nos unía una antigua amistad familair, el doctor Alonso de Betancourt, médico eminente que fué hijo de El Lugareño, puso en limpio titulaciones del antiguo mayorazgo de Najasa, ratificándose las parcelaciones hechas por su padre, y dejándose sin efecto alguna en que el abandono o la malicia torcieran la voluntad benefactora del prócer generoso. Y pudimos ver cómo allí, entre la sierra y el potrero y el río, están las huellas permanentes, indelebles, de la obra realizada por El Lugareño, como están igualmente en el viejo camino de hierro que tantos desvelos le costó lograr, para que Santa María del Puerto del Príncipe tuviera el puerto que su nombre evoca, y también en la granja escuela de su nombre que hoy sostiene el Estado, y en el legado de sus "Escenas Cotidianas", consagradas a elevar el nivel moral y material de su pueblo. Y por la actual presencia de estas huellas, más que por otros empeños de su vida, con ser todos dignos de elogio, se hace inmortal en nuestra historia el recuerdo de Gaspar Betancourt Cisneros, El Lugareño.

TEXTOS

BREVE SELECCION (fragmentos), DE ALGUNOS TEXTOS DE EL LUGAREÑO

(De una carta a José Antonio Saco, de 3 de abril de 1849.)

—Cuba anexada, sería un Estado soberano, con toda la libertad e igualdad que jamás puede darle España. Su constitución sería hecha por sus hijos, arreglada a su pasado y su presente, y calentada para su porvenir.

—Cuba anexada, tendrá toda la seguridad interior y exterior de que necesita en su actual estado de peligro y debilidad. Este es otro

bien que se encontraría en la fuerza, el prestigio, los recursos y poder de 30 Estados que son uno.

—Cuba anexada obtendría la tregua, el respiro que le daría tiempo para reformar y mejorar su estado social. En muy pocos años, y en una progresión incalculable Cuba tendría en su suelo 500,000 blancos más, que no se absorberían, sino que se injertarían o disolverían en otros 500,000 que tiene Cuba; y ellos con ellas harían otros 500,000, que mal que le pesase al Sr. Saco, serían cubanos. Y yo aseguro que un atravesadito mío con una Yankee o Alemanota había de salir más cubano y más bonito, y blanquito, y sanito y briosito y guapito que el Sr. Saco y su compinche Narizotas, con toda la pureza de su raza goda, árabe o gitana, que de todo hay en las viñas de Iberia.

—Cuba anexada tendría el Maestro que necesita para aprender la ciencia del gobierno, el arte de gobernar, de formar hombres libres y no instrumentos del depotismo, arte en que España no se ha distinguido gran cosa, y cuyos discípulos constituídos en Estados independientes ha más de 25 años todavía no han dado frutos que honren al Maestro ni a ellas.

De las ESCENAS COTIDIANAS, publicadas en la "Gaceta de Puerto Príncipe" entre 1838 y 1840.

De la Escena No. 6.

La sociedad tiene sus instintos propios como el hombre, a los cuales obedece como a leyes terminantes impuestas por el Creador. De estos instintos nacen sus derechos y sus deberes morales.

Después de la conservación, el deber más sagrado de toda comunidad social es su perfección o su mejoría.

La más alta y noble misión del gobierno es fundar aquellas instituciones que mejor afiancen y aseguren los instintos, los derechos y deberes de la sociedad.

La educación primaria es, para todo gobierno benéfico, objeto de la más alta importancia política y social; y para toda sociedad filantrópica y cristiana, un deber sagrado en obsequio de su propia conservación y perfección.

De la Escena No. 8.

He dicho que nuestros jóvenes son naturalmente amorosos, festivos, corteses con los demás. La bella índole, el genio alegre de los hijos del trópico no debe malograrse para la sociedad, por una moda ridícula, por una servil imitación. Que sacudamos los antiguos hábitos, las rutinas de tierra adentro, vaya que sea; pero que troquemos nuestras

dotes más apreciables por fruslerías, insustancialidad y ridiculeces, no nos tiene cuenta a la verdad. Vale más, tirada la cuenta, que las muchachas nos culpen de enamorados, nos acusen de lisonjeros, que no de fríos y descorteses; sin embargo de que no hay necesidad de ser ni lo uno ni lo otro. No es necesario que el roce con las damas sea precisamente interesado para que sea grato. De cualquier modo, el trato, y conversación, de una mujer es preferible al de esas fantasmas ideales que sólo existen en el magín de los payasos del romanticismo.

De la Escena No. 9.

Como yo no escribo con las miras de halagar preocupaciones vetustas, ni adular clases, ni celebrar o vituperar sistemas antiguos ni modernos, sino solamente para sostener los buenos principios, las conveniencias generales y los verdaderos intereses de esta Patria querida, tal vez habré dicho verdades amargas. Las digo empero sin pasión ni encono, y si los hechos en que apoyo mis asertos no son falsos, de ellos fluyen las deducciones siguientes:

Primera: Que nuestra clase pobre está desmoralizada por la ignorancia y miseria en que está sumergida.

Segunda: Que sistemáticamente se han envilecido las profesiones industriales en que pudieran morigerarse y prosperar honradamente nuestros pobres.

Tercera: Qué interín subsistan el sistema y la opinión que las envilece, el país no progresará como debiera, ni en su riqueza, ni en su industria, ni en su población, ni en su moral, ni en los demás progresos intelectuales de sus hijos.

Cuarta: Que los males irán en aumento hasta hacerse insoportables, si no se establece un sistema reparador, que cuando no los desarraigue, a lo menos contenga sus progresos.

De la Escena No. 11.

Instrucción intelectual y moral, hábitos industriales y económicos: he aquí los objetos a que debe dirigirse el proyecto de reforma de las costumbres de nuestros pobres... Ya está resuelto el gran problema social: que un pueblo engendrado y creado en las escuelas de la civilización es un pueblo dócil y moral; que alimentado con abundancia y con medios de subsistencia segura, es el pueblo que se interesa en aquel orden social en que su alma y su cuerpo están satisfechos. Este es el sistema que afianza la seguridad de la Patria en las fuerzas reunidas de un pueblo ilustrado y rico; el que expurga la sociedad de un populacho ignorante, miserable, sin propiedad, sin industria, y de consiguiente sin estímulo para amar un suelo donde no ve una Patria, o

una sociedad donde no encuentra afectos que interesen su alma en su conservación y engrandecimiento... Debemos en una palabra aspirar a no tener populacho de ninguna clase, sino un público y un pueblo; público que dirija la opinión, pueblo que la entienda y obedezca... Esto debemos desear, esto pretender, esto conseguir por medio de un sistema de instrucción intelectual e industrial.

De la Escena No. 2.

La rutina de criar vacas en comunidad, o mejor dicho, de que las críe la Naturaleza, ocupando una extensión inmensa con los mismos animales que pudieran criarse en pocas caballerías, es la más perjudicial a la industria y población de Camagüey, donde sólo pueden criar diez hombres, ¿cómo podrán criar mil, sin subdividir el mismo espacio para cultivarle y multiplicar en él los alimentos, por medio de la agricultura? Así el rutinero comunal es de hecho un enemigo de la población y de la industria de su patria.

Propietarios hay que poseen un hato entero, y escasamente pueden sostener sus obligaciones, cuando otros con un potrero de treinta caballerías cuentan mayores entradas, sin estar sujetos a las vicisitudes de las estaciones, a las secas tan frecuentes que padecen las haciendas...

...La división de terrenos es útil con respecto al hacendado y con respecto a la población... Hay rutineros que perpetuarían si estuviese en sus manos el sistema de comunidad de haciendas, y el estado de pastores en que vivimos, el cual no es más que un escalafón sobre los pueblos nómadas...

DISCUSION

DR. MAÑACH: Hemos invitado para actuar como interrogadores esta tarde, a los doctores Federico de Córdova y Enrique Gay Calbó, miembros ambos de la Academia de la Historia, y al Dr. Francisco Ponte Domínguez, acádemico correspondiente de la misma y particularmente versado en la vida y obra del Lugareño. Ofrezco a cualquiera de estos señores la oportunidad de iniciar el interrogatorio al Dr. Pichardo Moya.

DR. CORDOVA: Hemos oído, con verdadera satisfacción, la brillante conferencia que nos acaba de dar nuestro antiguo amigo y muy querido compañero el Dr. Pichardo Moya. No tendríamos que hacer observación alguna, sino por el contrario, aplaudir su bellísima disertación, si no fuera porque, invitados por el Dr. Mañach, se nos autoriza, casi se nos conmina a hacer ligeras observaciones, o algunas interrogaciones, en relación con esta disertación que acabamos de aludir.

Quisiéramos, en primer término, invitar a nuestro compañero y amigo el Dr. Pichardo Moya a que nos dijera algo que nos parece de alguna importancia para completar la semblanza de nuestro compatriota eminente, Gaspar Betancourt Cisneros. Desearíamos que nos hablara acerca del concepto que nuestro Lugareño tenía sobre cómo interpretar el amor a la patria Y en relación con esta pregunta, hacer una o más interrogaciones al Dr. Pichardo.

DR. PICHARDO: En la segunda parte de esta conferencia, en que se leen algunos textos del Lugareño, yo he escogido algo en relación con los argumentos que él exponía en defensa de la solución anexionista. He llegado al convecimiento —y no sé hasta qué punto tenga fundamentos para ello— que el Lugareño, como quizá otros ilustres personajes de Cuba, veía la patria con el sentimiento natural de amor hacia la tierra natal; pero que en él era una cosa indispensable la libertad, más que la misma independencia. Tenía el sentimiento de admiración por la dignidad de hombre libre en el terruño natal, amándolo, más que el deseo del hecho de la bandera en sí. De aquí que, lo mismo que en Heredia, encontremos en el Lugareño ciertas cosas que queremos disculpar. Es una opinión tal vez muy personal. Individuos que habían luchado por la independencia, vieron después, contemporáneamente, que las repúblicas hispanoamericanas independientes lograban la independencia, pero no la libertad. Estaban en plena guerra civil o bajo la dictadura, y esto era algo que los desencantaba y les hacía dudar de sus sentimientos en cuanto a la independencia, nunca respecto al amor a la patria.

DR. CORDOVA: Me parece interesante fijar estas ideas, porque luego haremos algunas interrogaciones en relación con lo que pudiéramos llamar el proceso de las ideas políticas del Lugareño, a través de su vida, tan fructuosa y tan interesante. Yo quería fijar este concepto, porque lo considero de carácter general: el Lugareño, que era en ocasiones, como sabe nuestro compañero el Dr. Pichardo Moya, un positivista, elevaba, sin embargo en muchas ocasiones este sentimiento de la patria a algo que nos parece que todavía tiene vigencia; sobre todo en los tiempos que nos ha tocado en suerte, o en desgracia, vivir. Decía él que, en su opinión, en un concepto general, el amor a la patria no consistía en las palabras almibaradas de gacetilla que se escribían en los periódicos diarios, sino en servicios permanentes, personales, desinteresados, generosos, a favor del pueblo; porque estas obras hablaban mejor que nada de la devoción, del cariño, del amor que nos ligaba a la tierra donde habíamos nacido, y que si por alguien se pusieran en duda, tendrían la elocuencia en el momento en que fueran defendidas por sus autores, de ser el testimonio mejor que se pudiera ofrecer de ese amor acendrado a la patria en que nacimos. Los servicios personales, desinteresados, en obsequio del procomún eran lo más im-

portante. Establecería, por consiguiente, a mi entender, una especie de regla general para medir el verdadero patriotismo. Yo no quisiera hacer una larga disertación, pero no puedo dejar de apuntar, siquiera sea ligeramente, los extremos siguientes: su afán de independencia primero, en su expedición cerca de Bolívar; su gestión, más tarde, secundando el anexionismo, y por último declarándose franca y abiertamente separatista. Sobre estos aspectos, yo desearía que el Dr. Pichardo Moya nos dijera si él estima que este anexionismo del Lugareño pudiera juzgarse, como lo han hecho algunos escritores y críticos contemporáneos, como falta de comprensión del verdadero concepto que debían tener los patriotas cubanos. Siendo así que hombres tan eminentes como Manuel Márquez Sterling declararon que no era una nota vejaminosa ni vituperable para los que mantenían la idea anexionista, cuyo propósito era obtener libertad, la libertad de que carecíamos, y que una vez convencidos de que era un sueño o una ilusión acariciar la idea la patria completamente libre, es decir, independiente con el apoyo de los anexionistas, se declararon francamente separatistas, y llegaron —como el Lugareño mismo— hasta a decir que la revolución era el único medio para lograr el ideal cubano. Porque el anexionismo, más que un ideal, era un cálculo, el cálculo de conservar los esclavos aunque no para él, que los había emancipado. Ciertos esclavistas esperaban obtener para ello el apoyo de los estados esclavistas del Sur de Norteamérica. Llegó, después del fracaso de la gran expedición que iba a capitanear Arnold, el general norteamericano, a declarar como una divisa, que habría que venir a morir en Cuba, para que Cuba fuera libre e independiente, en Cuba, en torno a nuestra bandera o cayendo al pie de nuestra bandera, sin mixtificación de ninguna índole, y muriendo como murió, devoto de la independencia de nuestro país. Yo desearía que el Dr. Pichardo Moya nos dijera si comparte este criterio, que parece ser la consecuencia de la vida misma del Lugareño, y no el otro, opuesto, de que el anexionismo era malo entonces y malo ahora, y llegar hasta a hacer una caricatura del Lugareño, en el sentido de que éste era de arcilla colonial.

DR. PICHARDO: El Dr. Córdova, con su admirable conocimiento de la vida del Lugareño, ha sintetizado lo que pudiéramos llamar el ciclo vital del Lugareño. La propia vida del Lugareño está denunciando la forma en que él sentía el amor a la patria: localizándolo en ese ideal de servicio, en hechos y no en palabras de gacetilla. Después, ya en plena juventud, tiene el ideal de la libertad completa de Cuba, y toma parte en la famosa expedición en demanda del auxilio de Bolívar. En cuanto a la cuestión del anexionismo, en las propias palabras defendiendo frente a Saco la anexión, el Lugareño habla de que Cuba anexionada tendrá un respiro para ponerse en condiciones de aspirar a la libertad completa. De modo que podemos entender de ahí que él no

miraba aquello como definitivo, sino como un estado de transición para que Cuba adquiriera experiencia, moral y económicamente, para ajustarse a una vida de acción independiente más tarde. Ante el fracaso de aquella posibilidad anexionista en tránsito de libertad, el Lugareño siente la necesidad de la guerra, aunque en el fondo pudiera tener ciertos temores, justificados en un hombre que ha vivido mucho y ha experimentado tantos sufrimientos por la patria. Concretamente, creo que siempre tenemos que estimar al Lugareño como una figura noble, un ejemplo digno de exponer a las generaciones actuales y futuras de nuestra patria.

DR. MAÑACH: ¿Me permite una pequeña interpelación, doctor? Porque tal vez fuera oportuna ahora y no después. Quería preguntarle si no le parece significativo el hecho de que los anexionistas que prefirieron la libertad a la independencia —y es una tesis que yo desconocía que la hubiera sostenido el Dr. Márquez Sterling y que la he sostenido aquí en la Universidad del Aire yo mismo, al comienzo, precisamente, de este curso. ¿No le parece significativo, repito, el hecho de que los próceres de nuestra historia que sostuvieron esa preferencia eran los que estaban vaciados en un molde económico, de tipo positivista, y que llama la atención que hombres del tipo de Heredia, por ejemplo, vaciados en un molde más literario, y por esto de tipo más afectivo, no compartiesen esa tesis? No nos llevaría tal vez a pensar que el anexionismo se desinteresaba un poco por el destino cultural de Cuba. Pues claro está que la anexión, aunque supusiera efectivamente una mayor libertad, en un sentido político, en el orden de la cultura suponía, indiscutiblemente, comprometer de una manera tal vez irreparable los valores característicos de la cultura hispánica. ¿No le parece significativo que fuesen los hombres de inclinación más bien positivista y económica, como Saco y como el Lugareño, y no los de tipo espiritualista los que adoptaran esa actitud?

DR. PICHARDO: En la lectura que acabo de hacer he usado una frase: "el momento histórico nuestro, entre romántico y burgués, en que se presenta esa encrucijada de anexionismo y separatismo", y se explica perfectamente que el individuo de esa tendencia económica, aunque no esté él instalado en la vida en plan de rico, sino por una tendencia natural a su tipo de estudios y al espíritu que se ha hecho, mire con más sentido práctico la evolución hacia la independencia, y tenga el temor aquel del separatismo. El hombre de ideas afectivas, como era José María Heredia, con más facilidad se lanzaba al ensueño, a la ilusión de la completa independencia. Ambas opiniones son patrióticas. Para mí, son dos tipos de patriotismo.

DR. MAÑACH: En otras palabras, pudiéramos sintetizar diciendo que la mentalidad romántica era separatista y la mentalidad positivista

tendía al anexionismo. Continúe, Dr. Córdova, y perdóneme que le haya demorado.

DR. CORDOVA: Con mucho gusto, Dr. Mañach. Yo siempre he considerado que había más de un tipo de anexionista: unos que consideraban la anexión como un cálculo, que consistía en conservar el statu quo, en proteger sus intereses económicos, y otros que consideraban el anexionismo, sin mixtificación, si no como un ideal, por lo menos como una idea: la idea de la libertad. Pero aun en ese último caso, no como una aspiración suprema, ni como un verdadero sentimiento. Tan es así que en ningún momento —por lo menos, yo no lo he advertido— el anexionismo ha sido un sentimiento popular, una idea que arrastrara a las masas, al pueblo. En unos y en otros, esto es, en los anexionistas por cálculo y en los anexionistas con la finalidad de una idea, ya que no de un ideal, es algo que nace de la contemplación de una realidad: que España no podía dar lo que tenía: libertad. La esperanza de encontrar dentro del anexionismo un refugio para los que no se conformaban con un estado en que la libertad era negativa. Pero esta situación se ve despejada con el fracaso de los anexionistas mismos y de aquellos que, como el Lugareño, apoyaban sinceramente ese movimiento anexionista, con la esperanza de que fuera un paso previo para llegar a la independencia de Cuba. Sin embargo, es muy significativo, y casi contradictorio, que al año escaso del 10 de octubre de 1868, solicitaran en escritos que se han publicado en copias fotostáticas por un compañero ausente, el Dr. Luis Marino Pérez en su biografía sobre José Jerónimo Betancourt, documentos en que en una ocasión nuestras Cámaras y en otra nuestro Ejecutivo nacional en armas, solicitara de los Estados Unidos la anexión, la incorporación de Cuba, como estado, a la gran nación norteamericana. Parece contradictorio, pero en otros documentos posteriores dicen los protagonistas o los intérpretes de esta situación de hecho, que ellos querían el anexionismo como paso previo a la independencia, pero esto tropezaba con una realidad innegable, la que hacía distanciar, en el orden político exclusivamente, al Lugareño de Saco. Este último quería firmemente, la unión de la familia cubana como base inconmovible de nuestra sociedad. El Lugareño tenía la aspiración de mejorar esta propia familia cubana, con el intercambio, con el aporte de representativos de otros pueblos, que trajeran a nuestra constitución física e intelectual aportes que no podíamos esperar que nos lo facilitara la colonia, que carecía de ellos. De ahí que fuera indispensable el fracaso de la expedición a que hacía alusión pocos momentos antes, para que el mismo Lugareño se declarara francamente separatista, en el sentido de que vinieran a pelear los cubanos ellos sólos, sin ayuda de nadie, haciendo buenas las palabras inmortales de Goicuría: "al árbol de la revolución la sangre abona". Es decir, que no podíamos esperar que el maná nos viniera del cielo, sino que era menester desafiar todos

los peligros y sacrificar la existencia misma, para el logro de una aspiración tan suprema como era la libertad y la independencia de Cuba.

DR. PONTE DOMINGUEZ: Primero quiero felicitar al Dr. Pichardo por su brillante conferencia. El hablaba al principio del aislamiento en que vivió Camagüey hasta la época del Lugareño. ¿No le parece que el Lugareño fué el gran precursor entre los que trataron de evitar ese aislamiento y que tendió a ello mandando jóvenes camagüeyanos a estudiar a La Habana, para que confraternizasen con los habaneros y no hubiese disputas sobre regionalismo, y además, abriendo esa trocha de camino de hierro hacia Nuevitas, para buscar un puerto más, y que esa comunión de convecinos de la isla tuvo una gran repercusión, andando los años, en esos jóvenes camagüeyanos educados en El Salvador, a tal extremo que después fué la base naciente del Camagüey democrático en la guerra del 68 y que acabó el aislamiento de Camagüey.

DR. PICHARDO: Creo esa observación muy acertada. Sin que esto quiera decir que me hago eco del elogio a mi trabajo de esta tarde. Cuando lo terminé esta mañana —pues lo hice muy precipitadamente, por circunstancias que no hacen al caso— me di cuenta que había omitido señalar esa obra del Lugareño, enviando jóvenes a educarse a La Habana, con lo cual propiciaba una comunicación espiritual entre Camagüey y el resto de la isla, complemento natural de lo que hacía con el ferrocarril. En los planos que había hecho del reparto de las fincas de Najasa había puesto también una serie de caminos que no llegaron a realizarse, pero que indicaban claramente su idea de romper todo lo que significara aislamiento.

DR. PONTE D.—Eso tuvo una repercusión, inclusive, en la Cámara de Guáimaro. El 7 de diciembre del 69, a los tres años del fallecimiento del Lugareño, le hicieron un homenaje, y en esa Cámara privaban los demócratas habaneros.

DR. PICHARDO: Aunque esto interrumpe el curso de nuestra discusión, permítame contar una anécdota muy poco conocida, acerca de lo hecho por el Lugareño en relación con el ferrocarril. En aquellos tiempos las mercancías se enviaban a Nuevitas por medio de carretas, y los comerciantes firmaban contratos con los dueños de ese medio de transporte, para asegurarse la conducción. Cierta vez, ya tendido el ramal del ferrocarril, a causa del mal tiempo las carretas no pudieron llegar con su carga hasta el puerto, en tanto que el tren transportaba la suya sin novedad. Esto hizo que los comerciantes trataran de rescindir los contratos firmados con los dueños de carretas, dando motivo a un larguísimo pleito.

DR. PONTE D.: Hay una pregunta que quisiera hacer, también inspirada en las Escenas Cotidianas a que se refirió el Dr. Pichardo. Si

no recuerdo mal había una de ellas en que hablaba "del Camagüey virtuoso" y de "la cobarde diversión y estúpida industria de las lidias de gallo", de las cuales el Lugareño fué un enemigo acérrimo, igual que lo fué Saco. También criticaba los billares, las fiestas de San Juan, a caballo, que habían perdido todo la esencia espiritual de otros tiempos; las tabernas, los garitos, inclusive las limosnas que se daban por un organismo público que fomentaba el vicio. ¿No le parece que esas Escenas Cotidianas, que se publicaron no sólo en Camagüey sino también en Trinidad (aunque Sagarra en Oriente no les brindaba calor, y en La Habana también encontraban dificultades), tendían a moralizar el pueblo, siendo ésta una labor muy fecunda del Lugareño?

DR. PICHARDO: En ese aspecto es en el que hay que ver más la labor del Lugareño; en la formación de conciencias, no en el aspecto político. En esa obra constante suya: hechos, artículos y palabras.

DR. GAY CALBO: Felicito al Dr. Pichardo Moya por su disertación, en la que nos presenta al Lugareño como uno de los forjadores de la conciencia cubana. Espero que, además de lo que ha dicho en su conferencia, en los trabajos que nos trae para leernos esta tarde constará, un poquito más extenso, ese aspecto de forjador de la conciencia cubana. Pero yo quiero hacerle dos preguntas al querido compañero, una de ellas es sobre la evolución del Lugareño, que tuvo un zigzag en su vida —muy explicable en un hombre como él—, siendo primero uno de los precursores de nuestra independencia, en el año 1823 y luego un anexionista en el año 1848, para ser más tarde un independentista nuevamente en el año 1853 ¿Ha podido encontrar el Dr. Pichardo Moya explicación a esas actitudes, a esa evolución del Lugareño?

DR. PICHARDO: Creo que él tuvo su anhelo independentista, cuando la conspiración del 23, y después, ante el estado en que veía a Cuba, en la prisa por verse libre de España, se hizo anexionista. Defendió la anexión como una acción superativa, necesaria para separarse de España cuanto antes y no le importaba sacrificar, como decía el Dr. Mañch, todos esos valores de la cultura hispánica, en la que él parece no era muy creyente, con tal de mejorar la raza y obtener la separación física y espiritual de España. Fracasa en ese intento, pero continuando en su idea de separación vuelve al ideal independentista. El Lugareño fué quizá el más antiespañol de todos los próceres cubanos.

DR. GAY CALBO: La segunda pregunta se refiere a la época en que él vuelve a ser partidario de la independencia. ¿No encuentra el Dr. Pichardo el motivo de su cambio en el proyecto de venta de Cuba, que provoca en el Lugareño esa reacción que se transparenta en las palabras con que afirma que "no somos carneros para ser vendidos", si tampoco deben ser vendidas nuestras tierras?

DR. PICHARDO: Puede ser que de ahí parta ya su desencanto en cuanto a las posibilidades del anexionismo, pensando que los Estados Unidos no aprecian nuestro país como un país de gente libre y digna, puesto que está dispuesto a comprarlo. El murió siendo independentista y tuvo siempre la bandera cubana en su hacienda de Najasa, la misma que fué luego enarbolada en el año 68.

DR. MAÑACH: Muchas gracias, señores.

XII

Manuel I. Mesa Rodríguez

LOS REFORMISTAS

EL movimiento reformista es la denominación que se asigna al tema que se me encarga desarrollar en esta oportunidad; lo primero que se me ha ocurrido pensar, renovando un antiguo pensamiento, desde que el Dr. Mañach me anunció que éste era mi trabajo, ha sido plantearme la cuestión de determinar dónde comienza y dónde termina lo que se llamó **reformismo** para darle vigencia a lo que se denomina los reformistas. Generalmente se han usado ambas calificaciones para señalar una serie de acontecimientos que se ubican entre 1863 y 1868, y se habla de un **Partido Reformista,** que en esencia fué, si lo admitimos, un partido de facto, yo diría que fué más que nada una aglutinación social momentánea, que acercó por breve tiempo a un grupo de hombres que desde 1842 mantenían opiniones diversas acerca del estatus cubano.

El Dr. Emeterio S. Santovenia encontró dos definiciones que dió a conocer en 1942 en su discurso titulado "Reforma y revolución en Cuba", y estudió los factores externos y los internos que concurrieron al cabo, y entre la reforma y la independencia encontró las aspiraciones de cambios sustanciales para un advenimiento del bien público. Allí se encontrarán amplias explicaciones que aquí no nos es dable enfocar.

Si hemos de ser justos, el reformismo y los reformistas son muy anteriores a 1863; podríamos comenzar con Arango y Parreño y el Padre Caballero, con Félix Varela y Tomás Gener y ya es-

taba siendo activa la aspiración de reformas en lo político, en lo educacional y en lo económico. Aquellos intentos que Arango alimenta en sus múltiples y magníficos informes y exposiciones dan la medida. Un pequeño grupo de profesores del Seminario y numeroso de miembros de la Sociedad Patriótica de Amigos del País, antes y después de la expulsión de Saco por Tacón han colocado jalones que, aun cuando fueran de corta proyección no dejaron de constituir hitos muy apreciables para los aconteceres del futuro. La misma combinación denunciada por los propios gobernantes en lo referente a la elección de Arango y Luz Caballero combinada para la rectoría de la Sociedad Patriótica primero y la definitiva de Luz en 1838, no es más que el triunfo de un partido de facto, si se quiere, también, que aglutinaba en dos bandos opuestos a los negreros y a los enemigos de la trata, factores que encontrados, han de producir lo de Turnbull en 1842 y la complicación de los blancos dirigentes de la opinión en la llamada conspiración de 1844.

Hay que no equivocar las cosas y recordar que todo cuanto en el orden económico, político y cultural acontece en Cuba antes de 1868 es única y exclusivamente realizado por los blancos, en su mayor parte por las clases llamadas pudientes, porque son los que han obtenido, dentro y fuera, cultura suficiente para poder entender los distintos problemas del país. Existe entonces una gran masa de blancos peninsulares que lo único que les importa es vivir, mejor diríamos, medrar; una numerosa clase cubana que no cuenta ni se ha enterado, por lo menos hasta 1855, y una más numerosa población negra esclava que, aun en 1878, después del Zanjón, apenas si se ha dado cuenta todavía de lo que para ellos habrá de significar el movimiento liberador iniciado por los que sí tenían que perder, aun cuando con solapada malicia algunos afirmen que estaban arruinados al comenzar el 9 de octubre de 1868, el levantamiento de **La Demajagua.**

Los fracasos de López en 1848, 1850 y 1851 y el de Pintó en 1855, encontraron muchas tendencias en el terreno de las opiniones y de los anhelos, y valdría la pena señalar ahora, que, para mí, los reformistas no eran, como se dice generalmente, un acordinamiento en la manera de interpretar las reformas. D. Rafael

Montoro reconocía solamente dos tipos de reformistas, Fernando Portuondo estima que eran tres, pues añade a los anexionistas y reformistas del primero, los que veían el medio de preparar el camino como partidarios de la independencia absoluta. Yo me permito agruparlos en asimilistas como Saco y Azcárate, en posibilistas como José Antonio Echeverría, que al cabo se vuelve asimilista en 1863 y revolucionario en 1868, en eclécticos como José S. Jorrín, en anexionistas como **El Lugareño** y Villaverde, que derivan más tarde al independentismo, en ideólogos como José Calixto Bernal, en puros como el Conde de Pozos Dulces, en desconfiados o tentacionistas como José Morales Lemus y José Manuel Mestre y en independentistas disimulados como el propio Morales Lemus, Mestre, Aldama, Fesses, Mora y otros, los cuales como afirmó Vidal Morales en 1899, fueron los precursores del autonomismo de Gálvez, Montoro, Figueroa, Giberga y algunos de señalada intransigencia como Saladrigas, aunque en definitiva todos los últimos nombrados, menos Figueroa, preferían entenderse con España siempre que ellos tuvieran la alternativa de ser los congresales de una Cámara mediatizada.

Volviendo un poco atrás, a lo que se llama el movimiento reformista de **El Siglo**, diremos que la circunstancia de estar casado con una cubana hizo que el general Serrano, que vino a gobernar el 24 de noviembre de 1859 con designios expresos y no por mera casualidad tratase de conquistarse a los criollos, en interés de su política personal, con los que pronto entabló relaciones, y así fué una pulsación de extraordinarias proporciones para los cubanos amantes de las reformas, la muerte de D. José de la Luz y Caballero en junio de 1862. Lo que pasó en La Habana y en la isla toda, aquel domingo 22 y el lunes 23, envalentonó a los cubanos y despertó profundo recelo entre los españoles; fué una prueba, lo que pudieron realizar constituyó una expresión de los sentimientos acumulados tanto en los que habían sido compañeros como discípulos del mentor del Convento de San Francisco y del Colegio del Salvador; lo advirtió Menéndez y Pelayo al decir que "el entierro de D. Pepe fué una verdadera algarada contra España, malamente consentida por el capitán general, y uno de los más temerosos amagos de la insurrección de 1868". A partir de ese momento, y por las mismas prohibiciones dictadas después,

más para acallar las protestas insistentes de los españoles, de los Jesuítas del Colegio de Belén y del Obispo Fleix y Solans, que por el deseo mismo de impedirlo, pues Serrano como Dulce saborearon el placer de las riquezas que sus opulentas esposas cubanas les proporcionaron y a las que complacían en muchas de sus intervenciones, y hay pruebas de que no mintió Juan Arnao cuando afirmó que Dulce había recibido más de 800 mil pesos que el abogado de su mujer en Cuba, Morales Lemus, le había enviado a España, antes y después de su mando en Cuba· aunque después Dulce, mandando en Cuba, ya viudo, no podía ofrecer en otra ocasión los atractivos de los tiempos de la Condesa de Santovenia.

Varias reuniones posteriores a la muerte de Luz agruparon, repetimos, en 1862, a muchos de sus amigos y discípulos, y al año siguiente Francisco de Frías, el Conde de Pozos Dulces, que había intimado con él en París en 1844, y que formó parte de la reunión que se celebró para tratar de que Luz no viniera a Cuba entonces, reclamado como estaba por la Comisión Militar, fué quien con Morales Lemus y José R. O'Farrill, cohonestando las distintas tendencias reformistas latentes aunque ocultas· trabajó más para lograr, aprovechando las libertades que en parte existían cargar la mano en una propaganda de prensa que fuera alertando a todos los afanes de obtener cambios que gradualmente fueran llevando hacia otros rumbos la situación cubana. Muchos desde luego, se sumaron al movimiento con reservas inmente. Así el primero de marzo de 1863 **El Siglo** pasó de mano de José Quintín Suzarte y Hernández a la de su nuevo director Francisco de Frías y Jacott.

El Conde de Pozos Dulces tenía la experiencia de lo que había visto en su época de cuasi anexionista, y sabía cómo se había resuelto su actuación de revolucionario en la llamada Conspiración de Vuelta Abajo, porque le había costado ciento ochenta y cinco días de prisión en el Morro y el destierro a Osuna como sentencia final en 1853. Sabía también que con algunos no se podría contar en definitiva, como en el caso de José Calixto Bernal, pero estaba convencido de que no se podía desaprovechar ningún elemento útil. Martí, que leyó con entusiasmo en 1878, las doctrinas en cuanto a la **Cuba pequeña** que en sus cartas al **Correo**

de la Tarde había expuesto Frías, dijo que éste había dicho muchas cosas que él había pensado, y otras que él no hubiera sido capaz de pensar nunca, y quiero ver aquí explicado por qué los contertulios del economista y del avisado conocedor de los problemas agrarios le encomendaron la dirección de El Siglo para aquella campaña que va a durar cuatro años y que encontrará su tumba en la aviesa Junta de Información convocada por el político más trapacero producido por España, el talentoso Antonio Cánovas del Castillo, quien en ese momento final ya no ejerce su ministerio, por haber sido sustituído por Alejandro de Castro, aunque también tendrá su resurrección en la Guerra de los Diez Años, que se cerrará en el Zanjón sólo con la obtención de algunas reformas.

La campaña de los reformistas desde **El Siglo** encontró pronto sus enemigos, y aunque Dulce se hacía al principio el de la vista gorda, desde diciembre de 1862 en que comenzó a gobernar, el **Diario de la Marina** fué el más tenaz de los enemigos, respondiendo a las actividades que el traficante y usurero Julián de Zulueta, acompañado de Pedro de Sotolongo, iniciaron pronto utilizando todos los medios a su alcance. Los dos periódicos españolistas que entonces existían, afirma Piñeyro, también atacaron a los reformistas, y en especial a **El Siglo** y al Conde que lo dirigía· pero el que con más tenacidad demandaba la declaración de principios era el **Diario**, llegando a lograr que se nombrara censor de imprenta, cayendo la designación en Pedro Fernández de Castro, cubano, que resultó peor que Olañeta. Piñeyro ha dejado una página que viene aquí como la mejor de las explicaciones, cuando dice:

"Los dos principales periódicos de La Habana, envidiosos de la importancia que había adquirido **El Siglo**, inquietos y disgustados por la constancia con que los refutaba y desenmascaraba a cada paso, y espoleados por todo el partido español, que veía claramente cuan serio estorbo era la simple existencia de un papel, que mencionase siquiera los escandalosos monopolios e inauditos privilegios de que gozaba, determinaron atacar al órgano cubano señalando, delatando y acusando en él tendencias subversivas y anti-españolas. Eran en esto más ilógicos que lo que ellos imaginaban, y sin quererlo confesaban que la

defensa de la justicia· por tímida y abstracta que fuese, era un ataque al poder español en Cuba. Dulce no les dió al principio todo el apoyo que Concha, por ejemplo, no les habría negado; pero tampoco los contuvo, y ellos, fuertes con el auxilio de casi todos los propietarios y comerciantes españoles, siguieron exagerando bajo los más negros colores el anti-españolismo de **El Siglo,** crimen nefando, según decían para el que la muerte misma era castigo demasiado suave. El **Diario de la Marina,** dirigido por un hombre que mostraba tener en política el temperamento de un Torquemada, presenciaba espantado el silencio de **El Siglo** ante sus foribundos ataques, y pedía a gritos para sus redactores la "**hopa ensangrentada de los parricidas**". La situación llegó a ser violentísima; el gobierno exigía, junto con los otros, que **El Siglo** expusiese categóricamente su profesión de fe y desmintiese la formidable acusación; seguir callado era confirmar la sentencia de muerte pronunciada por el **Diario,** y por delitos menores habían rodado muchas cabezas en los patíbulos de la isla."

Fué necesario que Morales Lemus, presidente del ejecutivo del periódico reuniera a sus adeptos y se tomara acuerdo· y fué así que el 24 de marzo de 1865, apareció la llamada profesión de fe de **El Siglo,** que era en consecuencia la de los reformistas calentados al fuego de su prédica. El revuelo fué de extraordinarias proporciones. Las especulaciones interpretativas no se hicieron esperar· Los acontecimientos van a desembocar al cabo en rumbos que parecían definir la situación. Serrano había hecho en el Senado español, en la sesión del 20 de enero de 1865, una defensa de los derechos de Cuba, pidiendo reformas políticas para ella. Eso motivó que el 18 de julio se le enviara un escrito de felicitación, firmado, se dice, por más de veinticuatro mil personas, aunque tengo la relación nunca las he contado, pero si puedo decir que desde la página 27 a la 116 del libro en que se insertaron, con letras de ocho puntos, aparecen los nombres más notables de cada localidad de la isla, a las cuales se adhirieron, con otro escrito, medio centenar de hacendados cubanos residentes en la península.

En España se editaba el periódico **La América** bajo la dirección de Eduardo Asquerino, que era un baluarte de la defensa

de las reformas en Cuba. Por otra parte Salustiano de Olózaga con González Bravo y otros calorizaban la idea de las reformas, lo que había encendido enconadas diatribas contra ellos, por sus oponentes políticos.

Eduardo Asquerino llegó a La Habana a fines de 1865, y fué recibido y halagado por los reformistas con un banquete, el día 9 de diciembre al que concurrieron personalidades del interior, pero al que Morales Lemus no asistió fingiéndose enfermo. Pozos Dulces pronunció un encendido aunque mesurado discurso y Azcárate mantuvo dudas en los resultados.

Todo ello culminó en definitiva, por la fuerza de las circunstancias en el Real Decreto de 25 de noviembre de 1865, por el que se convocaba a una Junta de Información para las reformas necesarias en Cuba y Puerto Rico. Las elecciones dieron por resultado la designación por los votos de Manuel de Armas y Antonio X, de San Martín por La Habana, José Luis Alfonso que renunció y fué elegido José Miguel Angulo y Heredia por Matanzas, José Antonio Saco por Cuba, es decir por Oriente o mejor Santiago de Cuba, Manuel Ortega por Pinar del Río, José Antonio Echeverría por Colón, Calixto Bernal por Puerto Príncipe, Tomás Terry por Cienfuegos, Antonio Fernández Bramosio que en definitiva optó por Cárdenas y dió lugar a que fuera designado Francisco de Frías, por Villaclara, Juan Munné por Holguín, el Conde de Vallellano por Sagua, José Morales Lemus por Remedios, Nicolás Azcárate por Güines, Agustín Camejo por Sancti-Spíritus y Antonio Rodríguez Ojea por Guanajay.

Convocada la Junta para Madrid, siendo Ministro de Ultramar Antonio Cánovas del Castillo, cuando llegaron los representantes de Cuba y Puerto Rico para reunirse con los que libremente nombró el gobierno español se encontraron con Alejandro de Morales presidiéndola en sustitución del convocante que había abandonado el cargo. La vía-crucis de los comisionados fué recogida en el magistral libro en dos tomos que prologó Néstor Ponce de León en 1867. España con burla de los cubanos, infirió a éstos una nueva inmortal injuria que diría Jorrín, aumentando los impuestos, decía el gobierno español, de acuerdo con el pedido

de los cubanos. Decepcionados retornaron todos, sabiendo que ya no quedaba más que un solo camino, aunque algunos de ningún modo apelarían a él, los hubo que como el Conde de Pozos Dulces se acabó de convertir en **revolucionario sin fusil** como ha dicho Francisco Pérez de la Riva, otros como Morales Lemus se exilaron para continuar peleando con otras armas tan pronto estalla la contienda armada y los más al conjuro de Pancho Aguilera y Carlos Manuel de Céspedes supieron quemar su patrimonio, sacrificar su bienestar en busca de un nuevo sendero, por el que treinta años después habría de lograrse lo que con las alternativas de los sucesos consecuentes fué sueño de Heredia y desesperado afán de Martí: la libertad, que sobre los huesos de tres generaciones habría de brillar algún día.

DE D. FRANCISCO DE ARANGO Y PARREÑO REFORMA DE LA FACTORIA

Esta palabra **reforma**, tomada rigurosamente, explica toda mi idea. Quiero decir con ella que la Factoría se reduzca a lo que tan claramente indican las Instrucciones que trajo para establecerse; que se acuerde que no vino a ejercer autoridad, ni a conseguir por ese medio lo que sólo puede lograrse con **buenas combinaciones**; que no se ocupe de otra cosa que de **comprar con ventaja y remitir con cuidado.**

P. 469 T. I. Obras.

Sobre TABACO EN 1807.

EL PLAN DE ESTUDIOS presentado en Agosto de 1828.

Por el cual se suprimía la Universidad de esta ciudad titulada San Jerónimo y se creaba otra que se denominaría....................

No es más que la primera reforma seria que se presentaba para darle otro modo de existir a la que hasta ese momento no era más que un cadáver, toda vez que el Seminario de San Carlos constituía el centro de enseñanza de más pretigio y efectividad.

CARTA DEL CONDE DE POZOS DULCES AL DIRECTOR DEL CORREO DE LA TARDE

26 de Abril de 1857.

. . . .

"En Cuba se estudia todo menos la agricultura, y sin embargo Cuba todo se lo debe a la agricultura. No hay una sola fibra de su constitución social que no esté más o menos enlazada con la producción de sus campos. A pesar de esto, allí se os hablará de historia, de política, de literatura, de jurisprudencia, de medicina, con una copia de datos y de saber asombrosa. Preguntadles, empero, a nuestros hacendados los que se les alcanza acerca de los fenómenos meteorológicos y terrestres en su relación con la vida de las plantas, y no habrá dos sobre ciento que sepan más allá que los incultos guajiros de nuestra tierra. ¡Cosa fenomenal! no hay en Cuba un solo periódico consagrado a las cuestiones agrícolas, que son cuestiones de vida para nosotros, y se cuentan varios dedicados a modas, novelas y fruslerías. ¡Ya se ve, es tan cómodo encerrar toda la agricultura en esta formula sencilla: Tierra y brazos!

CARTA

París, 30 de Octubre de 1857.

Mi estimado amigo: Los mejores años de mi juventud se pasaron en los hermosos campos de la Isla de Cuba. Amé sus bosques y sus praderas, sus arroyos, sus pájaros y collados, con todo el fervor de la entusiasta poesía. Más tarde sucedió a esa admiración la codicia del propietario, y yo también derribé los gigantes arbolados y aqliqué la tea encendida a sus despojos esparcidos. Y vi como se siembra la caña, y como se exprime el jugo y de que manera cristaliza el azúcar.

Yo también cultive los cafetos y pasé horas enteras recogiendo sus rojas cerezas. Nadie madrugó más que yo por ver, al despuntar del alba, la tendida vega, y como se refracta en mil prismáticos colores el naciente sol en sus gotas de rocío. ¡Cuántas veces contemplé en silenciosa admiración doblegados los frondosos platanales con el peso de sus apiñados racimos! Y vi agrietarse y abrirse la stierras al empuje de la yuca o del ñame feculentos que se desarrollan en sus entrañas encerrados. Paso a paso seguí a la punta atrojada cuando abría el surco, y mil veces arroje en éste el grano reproductor del millo o del arroz. También aprendí del rústico guajiro cuando se corta el bejuco de buniato y le enseñé a mi turno por qué se le quitan las hojas antes de sembrarlo. Y

lo que él cree y piensa y ejecuta lo sé yo, que no me contenté nunca con mirar solamente, sino que puse la mano al arado y afronté intrépido los rigores del sol tropical.

. . . .

Ninguna otra comarca del mundo posee tierras más feraces, ni producciones más variadas ni remuneradoras; en ninguna otra parte rinde más el esfuerzo de un solo hombre, ni encuentra más numerosos auxiliares. Allí sobran poco terreno y poco trabajo para producir mucho, con lo que se refuta el sistema exclusivo de las grandes propiedades y la exageración de las fuerzas explotadoras. Con tantos elementos, más se necesita de la inteligencia del blanco que de la fuerza muscular del hombre de color; más de la industria y del saber que de la acción de los grandes capitales y la robustez corporal. Cuba debiera ser por excelencia la patria de la pequeña propiedad y de los cultivos en escala menor. Allí hay seguro refugio y tranquilo puerto para la preponderante población de algunas regiones europeas. Hasta las mujeres y los niños encontrarían en sus campos fácil y asegurada remuneración. Sin exceptuar la caña del azúcar, todas sus labranzas convidan al trabajo y a la inmigración.

CARTA DE JOSE MANUEL MESTRE A ANSELMO VILLAESCUSA

Alude aquí Mestre a las extrañas y severas medidas adoptadas después del entierro de D. José de la Luz para impedir que se dijese nada en honor suyo, así como también a las que se tomaron en la misma época para reducir el Liceo de Guanabacoa a una simple institución de recreo, y después sigue:

Habana, Mayo 15 de 1863.

Con estas explicaciones cuya sinceridad no desconocerá usted, puedo ya pasar a hablarle de la **nueva situación,** como usted dice. Verdaderamente esa situación es casi indefinible. Si por un lado la represión de la trata parece ser el propósito leal de esa voluntad de hierro que se llama Dulce, por otro vemos a éste en una armonía tan grande con Zulueta, que no sabemos como explicarla en las actuales circunstancias. Si nuestro amo deja caer, alguna vez que otra, palabras siempre breves, acerca de la desheredación de Cuba, ello es que las riendas siempre las sentimos con 'cierta tirantez mal disimulada, que nos tiene muy sobre aviso.

Las cosas por lo demás no presentan variación notable, y los muchos desafectos que ese noble General Serrano dejó en el omnipotente par-

tido catalán no han podido, hasta la fecha, demostrar a posteriori que la nueva situación ha mejorado a la anterior en todos conceptos, como en un principio nos anunciaban que sucedería. Omnipotente he llamado al Partido negrero, y hoy más que nunca se ha puesto a prueba su poder con el contrapeso que está presentando a Dulce de mil maneras distintas para neutralizar la eficacia de sus esfuerzos contra el tráfico. Le digo a usted que como Dulce no se suavice, lo deponen.

José M. Mestre

CARTA DE JOSE SILVERIO JORRIN A JOSE ANTONIO ECHEVERRIA QUE SE ENCONTRABA EN MADRID

Habana Mayo 28 de 1863.

. . . .

Se habían presentado algunas proporciones del modo de operar que él explica a Echeverría, y añade:

. . . .

Sin falsa modestia debo agregar, que aquel documento fué acogido con entusiasmo por la mayoría de las personas de valer que tuvieron ocasión de leerlo. Pero algunos amigos, aunque aprobaron la forma adoptada, emitieron en cuanto al fondo opiniones muy diversas Unos pretendieron que se insertase cual parte integrante del programa, la supresión de nuestra institución doméstica. Otros repugnaron el pedir la libertad de imprenta de la Península, estimando que debía limitarse a lo que fuese compatible con nuestras peculiares circunstancias. Alguno avanzó, que el país sólo aspiraba a la independencia absoluta; mientras un tercero sostuvo que Cuba cifraba sus deseos en la anexión a la vecina república. Para no fatigarle añadiré por conclusión, que hubo quien parodiando a Garibaldi en lo de Roma o la muerte, todo lo rechazó al continuado repetir Cuba como el Canadá; mientras no faltó quien tachase el Proyecto de quimérico, porque la historia no ofrecía modelo de una combinación política, en que el selfgovernment colonial estuviese aunado con la participación directa en las cuestiones generales del Congreso Nacional.

Esta radical divergencia de opiniones, que tuve ocasión de ver después ratificada al celebrarse una Junta en casa de nuestro amigo el Sr. D. José Ricardo O'Farrill, fué para mí un espectáculo curioso cuanto triste. Entonces me convencí del atraso (bien natural por otra parte) en que se halla nuestra educación política. Entonces palpé la carencia en que estamos de individualidades capaces por su talento y energía, de avasallar tantos y tan contrapuestos pareceres, y de unificarlos, siquiera

sea temporalmente, bajo el influjo de la inteligencia, bajo el peso de una dictadura patriótica. Entonces me cercioré de que nuestros progresos en este orden de ideas han de ser el resultado, no de un hombre, sino de esfuerzos lentos y colectivos, a menos que venga de fuera alguna causa, que los haga madurar rápida y abortivamente. Desde entonces en fin, he vuelto los ojos como a la estrella luminosa del porvenir cubano, a la propagación de la Agricultura científica; porque con ella podremos preparar la solución del problema de nuestro trabajo agrícola; llevar la intrucción y la moralidad a nuestros campos; abrir nueva y amplia carrera a la juventud; separar la industria rural de la fabril en nuestros ingenios; dar gran impulso a la ganadería y a los propietarios dedicados a cultivos menores; y con éstos dos últimos elementos, atraer y fijar familias de colonos blancos, libres, inteligentes y morigerados.

. . . .

José S. Jorrín

CARTA DE POZOS DULCES A MORALES LEMUS RENUNCIANDO LA DIRECCION DE EL SIGLO

Vedado, a 14 de Abril de 1868.

Sr. D. José Morales Lemus.

Mi estimado amigo: no habiendo sido mi intención causar ofensa alguna o mortificación a ninguno de sus amigos, a quienes considero animados de las mejores intenciones, si bien equivocados en su manera de apreciar las cuestiones que desgraciadamente nos han dividido, no tengo reparo alguno en retirar el oficio que dirigí a usted con fecha 12 del corriente y algunas de cuyas frases han parecido a usted susceptibles de prestarse a aquella interpretación.

Las explicaciones y rectificaciones que contiene su apreciable comunicación de 13 del corriente a que no contesté inmediatamente por lo avanzado de la hora en que lo recibí, algunas de las cuales yo acepto sin dificultad, no alteran mi muy meditada resolución de recobrar mi completa independencia en todo lo que atañe a las cuestiones de publicidad y de política que han formado la base de nuestra Asociación.

Lejos de ver en este propósito un designio de romper las relaciones personales de aprecio y de amistad, yo ruego a usted que sólo lo estime como un empeño por conservar estos sentimientos al abrigo de discusiones de otro género, en que debe ya aparecer manifiesta la imposibilidad de un acuerdo.

Esta sincera manifestación que a todos los miembros de la Junta comprende, no puede menos que referirse muy especialmente a su Pre-

sidente, en quien la convicción y la costumbre me han hecho siempre ver al hombre y al amigo más digno de aprecio y de respeto.

Ruégole que así lo crea y que continúe considerándome como su afmo. amigo y s.s. q.b.s.m.,

Francisco de Frías

CARTA DE MORALES LEMUS A NICOLAS AZCARATE

Filadelfia 15 de Mayo de 1869.

. . . .

Puedo asegurar que todos los Comisionados para la información fueron a Madrid con iguales deseos y buena fe que usted, aunque menos esperanzas. Usted es el mejor testigo del empeño con que trabajaron y de la condescendencia con que hasta los más radicales sacrificaron gran parte de sus aspiraciones en aras de la conciliación por que suspiraban, aunque el desconsuelo de creer que nada alcanzarían.

. . . .

2º Se consumó el acto, que no sé como calificar, de hacer entender a los cubanos que sus comosionados eran los causantes y aun los autores de aquel recargo, lanzando al efecto, en varios documentos oficiales, frases capciosas que después comentaron y ampliaron en ese sentido los periódicos gubernamentales de Cuba.

. . . .

5º Estos hechos desmoralizaron al **Partido Reformista,** y aunque lucharon tenazmente arrostrando hasta la censura de sus amigos más queridos, los conservadores fueron perdiendo toda la influencia que sus antecedentes, su constancia y los talentos y virtudes de no pocos, les habían dado sobre sus compatriotas; y como el Gobierno local, lejos de hacer el menor esfuerzo para calmar los ánimos, seguía intimamente ligado con los retrógados de todos colores, sin excluir los esclavistas y negreros; como se intentó hasta revivir la **trata** bajo diversas formas, como la arbitrariedad, la altanería y la venalidad de casi todos los subalternos de la administración campeaban cada día más insoportables; como la prensa gubernamental no cesaba de expresar en todos los tonos imaginables que **el sistema vigente en Cuba era el mejor posible, y no debía pedirse ni esperarse ninguna reforma,** insultando a cada paso a los que abogaban por ellas y hasta llamándolos **traidores;** y como los advenedizos de otras provincias, los hombres sin instrucción ni arraigo, envalentonados por esos actos y manifestaciones que no disimulaban el desprecio **con que miraban a los criollos** y decían que ellos (los advenedizos) eran **los dueños de la Isla** (así se lo decía **La Prensa**) y mofaban a aquellos por su largo sufrimiento, y atribuían a cobardía su prudencia,

el sentimiento de la injusticia, la dignidad ofendida y el convencimiento que se propagó y arraigó en el ánimo de todos los cubanos de que el Gobieno no pensaba ni había pensado nunca tratarlos como a españoles, sino como a un pueblo conquistado, según dijo un diputado en el seno de las Cortes, consumaron en breve la verdadera revolución —la de las ideas—, la de la decisión de todo cubano a vindicar sus derechos a costa de cualquier sacrificio."

CARTA DE JOSE ANTONIO SACO AL DUQUE DE LA TORRE

Desde

Bruselas, Diciembre 19 de 1865.

. . . .

Si yo entrase en la Junta bajo de cualquier carácter que fuese, y estoy íntimamente convencido de que, a pesar de mis deseos conciliadores y de toda la deferencia posible por las opiniones de mis dignos colegas, muy pronto las mías se encontrarían en completa disidencia con las suyas y con las del gobierno, no ya en puntos secundarios, sino en algunos fundamentales. En estas circunstancias, el resultado sería: o que yo renunciase al puesto que ocupara, o que permaneciese en él. Si lo primero, ¿para qué aceptar lo que de antemano sabía yo que había de renunciar ?Si lo segundo, no levantarían el grito mis compatricios, acusándome de que había frustrado sus esperanzas? ¿No me acusarían también de que mi entrada en la Junta no fué con el noble fin de servir a Cuba, sino con el de satisfacer una pueril ambición, o de buscar mi utilidad personal?

Por otra parte, yo me hallo, por consideraciones de que no puedo prescindir, en un estado excepcional respecto a Cuba, y lo que muchos patricios pueden hacer sin lastimar su reputación, yo no lo podría decorosamente bajo del régimen político que aun pesa sobre las Antillas españolas.

J. A. Saco.

Esta carta es de la Colección Póstuma. Allí está la del Duque de la Torre a Saco.

D I S C U S I O N

DR. MAÑACH: Para actuar como interrogadores esta tarde hemos invitado al Dr. Diego González y al Dr. Calixto Masó, profesores en la Universidad de La Habana, y al Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de La Habana y presidente de la Sociedad Cubana de Estudios

Históricos. Ofrezco a cualquiera de estos señores la oportunidad de iniciar el interrogatorio al Dr. Mesa Rodríguez.

DR. GONZALEZ: He oído la brillante exposición del Profesor Mesa Rodríguez, y en ella, de un modo muy especial, la clasificación que él hace de los diversos tipos de reformistas, entre los cuales menciona a los "disimulados". Yo quisiera hacerle una pregunta a mi compañero y amigo el Profesor Mesa, en relación con esos "disimulados". ¿Qué explicación le halla al hecho de que aun antes del desengaño final de la Junta de Información ya se estuviese preparando, especialmente en las provincias orientales, el movimiento del 68, que dió entrada a todos los que se desengañaron de que por medio de reformas, de ruegos, de gestiones; en una palabra: por medios pacíficos, no había solución entre Cuba y España?

DR. MESA R.: Yo creo que mi queridísimo compañero el Dr. Diego González sabe muy bien que aquellos cubanos de las regiones de Camagüey y Oriente, mucho antes de que se celebrara la Junta de Información, estaban en contacto con otros cubanos, sobre todo de la capital de la República, y algunos de la provincia de Pinar de Río, que ya habían tomado parte en el movimiento del año 52 y que se sentían muy inquietos en cuanto a los problemas cubanos. Yo tengo aquí una carta de Cirilo Villaverde, del año 60, invitando al Conde de Pozos Dulces a que lo ayude a levantar una revista en los Estados Unidos, con el nombre de La América, a fin de hacer propaganda que, al socaire de las cuestiones agrarias de Cuba, dé oportunidad de señalar los graves problemas que confrontan los cubanos. Esos que yo llamo "disimulados o tentacionistas" es el grupo de los que fueron a la Junta de Información casi plenamente convencidos de que no había de resultar nada de provecho, pero que había que realizar el esfuerzo, de todos modos, a ver qué se lograba, y son los que en definitiva vemos después militar en el movimiento revolucionario, si no con las armas en la mano, en la manigua, al menos formando parte de los grupos que en el extranjero se preocupan por allegar fondos para que la revolución tenga su alimento. Esos ya de antemano estaban casi convencidos. Yo tengo cartas aquí que probablemente no se podrán leer esta tarde por falta de tiempo; pero que, al terminar, con mucho gusto pondré en las manos de ustedes, en que se ve cómo pensaba ya de antemano Mestre, José Silverio Jorrín, sobre todo Morales Lemus, que tenía un gran talento y era abogado muy avispado, que desconfiaba hasta de su sombra, aleccionado por las cosas que había podido comprobar en su trato con los grandes dirigentes de la política española.

DR. GONZALEZ: Le agradezco mucho al Dr. Mesa Rodríguez su respuesta, que ha sido muy satisfactoria. Tanto que me ahorra una segunda pregunta que estaba dispuesto a hacerle, y que sólo quiero enunciar: ¿cree que el Dr. Mesa (ya lo ha explicado) que aquellos cubanos fueron a la Junta de Información convencidos de que no habrían

de obtener de ella ningún resultado, y que ésta sólo logró hacer más evidente lo que Martí llamó "la triste necesidad" de la guerra?

DR. MESA R.: Aprovecho la oportunidad de hacer una afirmación para la que luego acaso no haya tiempo. Para mí, el más reformista de todos los que integraron aquel movimiento era sin duda José Antonio Saco. Y éste ya estaba convencido del fracaso de la Junta de Información. Hay cartas, cruzadas entre Azcárate y Miguel de Aldama, en las cuales se señala el hecho de que Saco no habla. Otro antecedente: cuando los españoles, —Serrano, precisamente— piensan en la Junta de Información, le ofrecen a Saco, en nombre del gobierno de España, la representación del gobierno español en la Junta. Una carta elocuentísima de Saco contesta a esto de la siguiente manera: "en las actuales circunstancias y condiciones de las Antillas, no podré yo nunca representar al gobierno español en ninguna parte, y menos en una Junta de Información". No obstante, se celebran las elecciones. Saco sale electo por Cuba. Hace el viaje de París a Madrid; pero al llegar allí y entrevistarse con sus compañeros, discrepa en muchas de las cuestiones que se van a plantear. De ahí que en el libro a que antes me referí, "Las Reformas en Cuba y Puerto Rico", que se publicó con prólogo de Néstor Ponce de León, nos encontremos con los votos particulares formulados insistemente por Saco. Sobre todo en relación con el problema de la esclavitud y en los problemas económicos. También en los "Apuntes sobre las Reformas en Cuba y Puerto Rico", como se llama en realidad el libro del cual, según noticias, sólo hay dos ejemplares en La Habana, se reproducen varios artículos de Calixto Bernal publicados en la Revista Hispanoamericana, donde se da la medida de la opinnión personal de un individuo que está como cubano en la Junta de Información, y que toda su vida ha sido reformista, pero marcado por su arraigamiento en España, de la cual no regresa nunca. Lo cual hace de Bernal el obstruccionista de la Junta. Publicando, además, sendos artículos en la Revista Hispanoamericana, con su opinión personal, que es francamente la de un asimilista, cada vez que en la Junta se discute algún problema de interés cubano.

DR. MASO: Yo quiero hacer al Dr. Mesa Rodríguez —a quien felicito por su brillante conferencia—, una pregunta, y es la siguiente: ¿qué factores, españoles o cubanos, o ambos, fueron los que determinaron el fracaso de la Junta de Información y del Movimiento Reformista?

DR. MESA R.: Esa es una cuestión un poco larga de enfocar, porque habría que situarse primero en España: en el momento en que Serrano, Dulce, O'Donnell y Narváez se disputan el favor de la reina. De tal manera, que Olózaga, que ha sido amigo de muchos años de todos los cubanos prestigiosos de todos los tiempos, convence a González Bravo para que lo ayude en la faena de lograr para Cuba y los cubanos las mayores ventajas. La política de Serrano es una política un poco de

doublé. El tiene sus intereses en España y también en Cuba. Hay que no olvidar que Serrano es, como ya dije en la conferencia, el esposo de la Condesa de San Antonio, cuyas riquezas fabulosas (uno de los capitales mayores de Cuba en aquel momento) le permiten hacer dos revoluciones en España. Pero cuando va a ver a Isabel II, que llora con él encerrada en su gabinete, se encuentra con que la reina está dispuesta de todos modos a instaurar el absolutismo. Y apenas llegado a su casa, sin haberse quitado aún el uniforme, se presenta el Capitán General Gobernador de Madrid a detenerlo, siendo desterrado Serrano. Con esto cambia el panorama político español y se crea una situación muy difícil. Por otra parte, están en la Junta de Información Vicente Vázquez Queipo y Ramón de la Sagra. Dos señores que odian todo lo que tenga nombre de cubano, a pesar de que dedicaron mucho tiempo de su vida a escribir sobre los problemas cubanos, aunque con etiqueta genuinamente española. Vázquez y La Sagra logran atraer hacia ellos al Conde Vallellano y, como era natural, nada menos que a Pedro de Sotolongo, que era socio de todas las fechorías de Julián de Zulueta en La Habana, quien era como el amo de todos los españoles. El amo de los negreros, porque era quien tenía el negocio mayor en la trata de esclavos, era también el usurero más conspicuo de su época. (Para quien quiera verlos, hay en el Archivo Nacional más de 60 piezas de concursos de acreedores, formados en aquella época, entre ellos el de la familia de don José de la Luz y Caballero, a quienes arruina Julián de Zulueta.)

DR. MAÑACH: ¿Me permite una interrupción, Dr. Mesa, aunque pueda parecer trivial? ¿Ese señor Zulueta es aquel que ha dado nombre a la calle de Zulueta?

DR. MESA: Exactamente. La calle de Zulueta le debe su nombre a ese señor.

DR. MAÑACH: ¿No cree el Dr. Mesa que es un bochorno que todavía esa calle lleve ese nombre?

DR. MESA R.: Estamos hace siete años luchando por tumbar la estatua de Fernando VII en la Plaza de Armas, y no lo hemos logrado todavía.

DR. ROIG DE L.: ¿Me permite el compañero Mañach que le diga que yo, como Historiador de la Ciudad, tuve el honor de proponer que se le quitara a la calle de Zulueta el nombre que tiene y que se llamara Ignacio Agramonte?

DR. MAÑACH: Siento mucho que no haya prosperado en el uso popular esa iniciativa tan alta y noble.

DR. ROIG DE L.: Sigue llamándose Zulueta, desgraciadamente.

DR. MAÑACH: Incluso los periodistas, que allí tienen su sede, le llaman calle de Zulueta.

DR. ROIG DE L.: Ya que el compañero y amigo queridísimo, Dr. Mesa Rodríguez, en su exhaustiva disertación, en que presenta novísimos aspectos de todo el proceso del Reformismo, y nos ilustra a los que no nos hemos especializado en ese tema tan importante de nuestra Historia, ma mencionado a Zulueta, ¿quisiera decirnos por qué, aun siendo éste el amo del españolismo en Cuba, no pudo vencer a los reformistas en las elecciones?

DR. MESA R.: Me agrada la pregunta, que me ofrece la oportunidad de comentar una cuestión que tiene mucha miga. Se había iniciado en 1834 un intenso movimiento entre los cubanos de cierta posición en contra de la trata. Hay que distinguir, en esto, que había muchos de ellos que siendo grandes terratenientes —no latifundistas, porque el latifundio todavía no tenía verdadera vigencia— se pusieron de acuerdo para llevar a la Dirección de la Sociedad Económica de Amigos del País a Francisco de Arango y Parreño y a la Vicedirección a don José de la Luz, para hacer la combinación de que Arango, por razones de salud —puesto que ya estaba enfermo en aquella época—, renunciara al cargo y se quedara Luz y Caballero. Entonces, desde la Sociedad Económica —que pesaba mucho en sus decisiones por aquella fecha— manejar una serie de sectores, entre ellos el educacional, para el que tenía un plan magnífico. Había, incluso, el propósito de hacer desaparecer la Universidad, en manos de los dominicos en el año 28, para convertirla en una Universidad de tipo laico, es decir, que los religiosos no tuvieran intervención en ella. No porque fueran contrarios a la religión sino porque había un problema muy serio: que el Seminario de San Carlos resultaba superior, en el orden de la cultura, a la Universidad. Sin embargo, los estudiantes tenían que ir a ella a graduarse con profesores que sabían, casi todos, menos que ellos. Yo tengo en mi poder el expediente de grado de Luz y Caballero, que demuestra lo que eran, en su mayoría, aquellos dominicos. Ese plan del 28, de Arango y Parreño, se iba a poner en vigor, como un paso de avance en lo educacional. Todo fracasa por la denuncia que obliga a celebrar una segunda elección. Más tarde Luz asume la dirección de la Sociedad y el partido de facto que él dirige es el que saca electo a José Antonio Saco diputado por Santiago de Cuba, en combinación con Juan Bautista Sagarra, que es su discípulo y quien hace todo lo necesario para el triunfo de Saco, el cual propicia también Luz y Caballero poniendo a nombre de Saco unas cuantas propiedades de algunos de sus amigos, a fin de que aquel aparezca como mayor contribuyente, porque de otro modo estaría imposibilitado de pertenecer al Estamento español, de acuerdo con la legislación vigente entonces. Hubo más tarde un movimiento sordo, que no podía tener latente a partir de 1842, porque con motivo de la cuestión de Turnbull hubo algunas discrepancias. La figura de Luz adquiere cada vez más preponderancia. Todos le respetan y acatan, tanto más cuando

ocurre la represión de la conspiración de La Escalera. Mientras todos huyen Luz y Caballero se presenta, en desacuerdo con el criterio y el consejo de todos los cubanos que estaban en París. Esto le da mayor fuerza, al extremo de que en 1848, cuando Narciso López intenta el movimiento de la Mina de la Rosa Cubana, piense que no hay más que dos hombres para ocupar la presidencia de la República en aquellos momentos: José de la Luz y Caballero o Manuel Rodríguez Mena, hombre de quien no se ha hablado mucho en Cuba y que es una de las figuras más interesantes, por su talento y por su ejecutoria, de aquellos tiempos. Hay muchos testimonios fehacientes (se ha publicado en la Revista Cubana, en 1894, por Manuel de la Cruz, lo ha repetido Portell Vilá, lo he repetido yo mismo en mi libro; está también en una carta de Cirilo Villaverde) de que cuando Luz ve a Narciso López le advierte que su gestión fracasará, porque los cubanos no están todavía preparados, y que para que lo estén algún día es él maestro de escuela. De modo que ya Luz, cuando funda el Colegio del Salvador, en el año 48, el 27 de marzo, el objetivo primordial que contempla es que "El Salvador" le sirva de vehículo para hacer una conciencia cubana en el futuro. Cuando llegan las elecciones para la Junta de Información, Zulueta se vale de una serie de triquiñuelas; pero no tiene éxito a pesar de todo.

DR. MAÑACH: Si nadie desea hacer otra pregunta al Dr. Mesa, damos por terminado el interrogatorio, agradeciendo su intervención a los que han tomado parte en él.

XIII

Calixto Masó

Economistas, Historiadores y Sociólogos

I

EL estudio de los Economistas, Historiadores y Sociólogos en el período anterior a la guerra de los diez años, es la expresión más cabal de las ideas y de las actitudes predominantes en nuestra sociedad.

Superado en parte el brote anexionista que no dejó de estar presente entre nuestras posibilidades políticas, los conceptos de Integrismo, Reformismo e Independencia, sintetizan la ideología cubana de aquellos tiempos.

La raíz de todo esto podemos hallarla en los inicios de la vida colonial, pues las ideas basadas en la explotación del indio y del negro, son el antecedente del **Integrismo** del siglo XIX; mientras que el criticismo de Las Casas, constituye el precedente lógico de la aspiración de los **Reformistas** y **Autonomistas**; y la idea de la **Independencia,** producto de la ideología política y filosófica del siglo XVIII, recibe la influencia de la incomprensión colonial y del fracaso del reformismo.

La sociedad cubana desde el siglo XIX es esencialmente política y sus principales problemas son de esta índole, explicándose por eso como nuestra isla, tanto en la época colonial como durante

la independencia, ha progresado en lo económico y lo material, sin revolver sus problemas de carácter político.

El desarrollo económico y material de Cuba es la consecuencia de las condiciones geográficas de la isla, mientras que los problemas políticos han sido determinados por la falta de preparación cívica y educativa de nuestro pueblo. Y ambas finalidades determinan la actuación de los economistas, historiadores y sociólogos en este período, no sólo en sus obras sino también en su vida.

Los economistas, a los que deben agregarse los investigadores y hombres de ciencia, son la expresión del progreso material de Cuba, mientras que los historiadores comprueban su fracaso político.

La síntesis del período lo constituye a nuestro entender Antonio Bachiller y Morales que no sólo publicó un "Prontuario de la Agricultura" y una "Historia del azúcar'', respondiendo a la preocupación económica de la época; sino que también fué maestro, cultivó la Filosofía, la Economía y el Derecho, demostró su erudición —otra de las carateristicas del momento— con sus "Apuntes para la Historia de las Letras en Cuba", hizo Sociología en "Cuba Primitiva'' y "Los Negros" e Historia en su libro dedicado a la Toma de La Habana por los ingleses, pero que sobre todo se identificó con los ideales cubanos de la época.

II

La Economía cubana se basa fundamentalmente en la Agricultura y esto explica en parte el por qué en nuestros escritores, la naturaleza siempre ha sido uno de sus principales temas.

Los indígenas perfeccionaron su sistema agrícola por medio del cultivo en camellones, pero en realidad no puede hablarse de economía cubana, hasta después de la introducción de la caña de azúcar y de la explotación comercial del café y del tabaco.

En el siglo XVIII una serie de factores políticos y sociales entre los que deben destacarse el Despotismo Ilustrado y la Libertad de la Trata, determinaron el desarrollo de nuestra economía basada en la agricultura y en la esclavitud; y desde en-

tonces estos temas, al que con frecuencia se refiere Francisco Arango y Parreño, están presentes en las obras de todos nuestros tratadistas.

Por eso se despierta el interés por el estudio de los problemas de Cuba. Se hace necesario el conocimiento de nuestra isla y Esteban Pichardo que también es autor de un "Diccionario provincial y razonado de Voces Cubanas", no sólo publica su "Geografía de Cuba", la más notable de la época, sino también sus trabajos sobre los "Caminos de Cuba" e "Itinerario General de la Isla". Felipe Poey no sólo escribió también una "Geografía de Cuba", sino que se dedicó a estudiar nuestra fauna y especialmente los peces de gran valor económico, escribiendo una notable "Ictiología Cubana", aun no publicada. Francisco Javier Balmaseda que publicó un "Tratado de Economía Política" fué autor de una obra en tres tomos titulada "Tesoro del Agricultor Cubano". Tranquilino Sandalio de Noda, ejemplo de la erudición característica de la época, contribuyó al estudio de nuestra agricultura con su estudio sobre el "Cultivo del Café". El conde de Pozos Dulces al que con tanta brillantez se refirió el pasado domingo el Profesor Manuel I. Mesa Rodríguez, aplicó sus conocimientos de física y química a las cuestiones agrícolas escribiendo unas "Memorias sobre la industria pecuaria", así como diversos trabajos sobre agricultura, la industria y las ciencias. Finalmente las obras de Ramón de la Sagra y en especial su "Historia Natural, Física y Política de la Isla de Cuba", el "Diccionario" de Jacobo de la Pezuela y "Naturaleza y Civilización de la Isla de Cuba" de Miguel Rodríguez Ferrer, pueden todas ellas considerarse como el compendio de esta tendencia de nuestros escritores que se sintetiza en el conocimiento de la Geografía, la Historia y la Economía cubana y que en realidad nunca ha vuelto a alcanzar el vigor extraordinario que en aquellos tiempos.

Sin embargo la obra más notable de la época sobre problemas económicos y especialmente agrícolas de Cuba, es el "Ensayo sobre el cultivo de la caña de Azúcar", publicado por Alvaro Reynoso en 1862 y cuyos métodos han sido aplicados con éxito en Java, Hawai y Puerto Rico.

Alvaro Reynoso como Felipe Poey, es uno de los cubanos a los que con justicia puede aplicársele el calificativo de sabio. Discípulo del químico Casaseca, realizó estudio en la Facultad de Ciencias de París, distinguiéndose por sus trabajos sobre el cloroformo, el yodo, así como por su Memoria sobre la presencia del azúcar en la orina y sus relaciones con los fenómenos de la respiración.

Reynoso aplicó todos sus conocimientos al estudio de la caña de azúcar, publicando un libro que según afirma en el Prólogo el conde de Pozos Dulces "**Es la primera obra sobre la caña, en que metódicamente y con arreglo a un plan fijo se ha establecido una armonía general entre el cultivo de la caña y las leyes de la naturaleza.**" La obra de Reynoso ha sido calificada con razón de "**libro olvidado**" pues mientras en Java se ha aplicado el "**sistema Reynoso**" en el cultivo de la caña, en Cuba por lo general, siguiendo, la ley del menor esfuerzo, se ha cultivado la caña como si fuera una planta silvestre.

En su obra habla Reynoso del batey que debe situarse en "el **lugar mas salubre del fundo**", así como del debido trazado de las guardarrayas y cañaverales. Afirma que "**la caña no crea** el **azúcar, sino que la forma a expensas del ácido carbónico del aire, de los productos carbonizados del suelo y del agua y por medio de sucesivas y escalonadas reacciones químicas y fenómenos físicos que se realizan en la profundidad de sus tejidos**" haciendo resaltar la importancia del regadío pues como dice: "**es preciso cultivar cristianamente, A Dios rogando y con el riego dando**".

Refiriéndose a las siembras intercaladas, se declara contrario a la costumbre de sembrar maíz entre las cañas, por "**la sombra** que producen sus hojas y porque sus raíces se oponen al desarrollo **de los órganos de la planta**" y se declara partidario de la siembra de frijoles que no ofrecen estos inconvenientes. Estudia minuciosamente los abonos que estima necesarios para el debido cultivo de la caña. ecomienda sembrar ancho, es decir separado y en líneas "**lo que no es del gusto de nuestros hacendados**". Estudia las reacciones químicas y los fenómenos físicos que se producen en la caña, así como el proceso de la producción del azúcar.

La obra de Reynoso que hemos escogido como síntesis de los esfuerzos de tantos sabios y economistas por el desarrollo material de nuestra isla puede servir de base para comprender las causas del atraso de nuestros métodos agrícolas e industriales ya que aun puede afirmarse que en Cuba no se cultiva la tierra cintíficamente y que salvo excepciones, ni nuestros capitalistas ni nuestros gobernantes se han preocupado de aplicar métodos como el de Reynoso por medio del cual en Java, "**para producir la misma cantidad de caña que en Cuba, se emplea tan sólo la cuarta parte de las tierras que se siembran en nuestra isla**".

III

Si los tratados geográficos, científicos y económicos a que nos hemos referido, tenían como finalidad no sólo el estudio de los principales problemas de la isla, sino que también contribuyeron a darla a conocer físicamente, continuando el camino señalado por Humboldt, los estudios de sociólogos e historiadores presentaron la situación política y social de Cuba.

Justo Zaragoza que fué Secretario del Gobierno Político de La Habana y Oficial de Voluntarios en la misma ciudad, por razón de sus cargos, tuvo oportunidad de conocer la situación política y social de Cuba, pero sus juicios están determinados por su condición de voluntario.

Dedica su obra "Las Insurrecciones de Cuba" "A los Buenos españoles" pues para él no había cubanos, sino buenos y malos españoles; y después de presentar un cuadro muy breve de la situación de Europa en la época de los descubrimientos, así como de la historia del resto de las Antillas, resume en un capítulo la Historia de Cuba hasta el siglo XIX, en que se inicia la historia moderna de nuestra isla que estudia detallada y apasionadamente hasta 1871.

La obra de Zaragoza aunque de carácter narrativo estudia los acontecimientos por tópicos, refiriéndose al origen y tendencias de las clases sociales cubanas, a la opinión pública al iniciarse el siglo XIX, a las costumbres y los vicios sociales, a los efectos

funestos de la ley de Imprenta, y haciendo un símil entre las guerras de Cuba y los Estados Unidos y la legislación de ambos países.

Todo esto da a la obra un carácter esencialmente político por lo que a veces plantea cuestión polémica en defensa del punto de vista integrista.

Pero lo más notable de la obra son las "Notas, Adiciones e Ilustraciones" que aparecen al final de ambos tomos y que contienen documentos, proclamas, artículos de periódicos, poesías, etc., de gran utilidad para formar juicio acerca del ambiente en que se desarrollaron las insurrecciones cubanas.

La "Historia de la Isla de Cuba" de Jacobo de la Pezuela, fué escrita después de varios años de labor y teniendo a su disposición toda clase de facilidaes, pues nadie tuvo tal cantidad de datos para escribir nuestra historia. Pezuela obtuvo documentos en Londres y en París, visitó el Museo Británico, las librerías de viejo y las colecciones particulares; tuvo en sus manos los manuscritos de la Biblioteca Nacional y de la Academia de la Historia de España, estudió la Colección de Muñoz y la del Ministerio de Gracia y Justicia, pero fué en Sevilla y sobre todo en la correspondencia de los gobernadores y obispos de 1526 a 1760, donde obtuvo la mayor cantidad de materiales para su obra.

Por eso su Historia es aún la más completa que se ha escrito sobre Cuba, pero sin embargo más parece una crónica que una verdadera historia. Sus capítulos comprenden a los diversos gobernadores de la isla y por lo general se limita a narrar los hechos aunque sin dejar de criticar a veces la gestión de las autoridades españolas. Por eso, sin ser un historiador de estilo moderno, puede presentarse como ejemplo de veracidad histórica, pues sus opiniones, que no están nubladas por la pasión política se encuentran avaladas por la profunda documentación que incluye en sus apéndices, debiendo significarse que a pesar de que el último tomo fué publicado en 1878 la obra no alcanza sino hasta 1843, por lo que excluye el período álgido de las luchas por la independencia de Cuba.

La "Historia de la Isla de Cuba" de Pedro José Guiteras de tendencia francamente cubana, sin ser tan notable como la

de Pezuela por sus datos la supera por su método, su estilo y su orientación.

La historia de Pezuela es una relación detallada de la gestión de los gobernantes y Capitanes Generales de Cuba. La de Guiteras por el contrario se divide en tópicos relativos al Descubrimiento, la Conquista, la Decadencia de la Colonia, los Corsarios y Piratas, las Guerras Metropolitanas, las Nuevas Reformas y el Gobierno de D. Luis de las Casas, terminando en la época de Miguel Tacón. Pero además de esto, que debe atribuirse a su condición de Maestro, su obra supera la de Pezuela porque trata además de la legislación civil y política, las leyes económicas, la organización del clero, y la esclavitud, es decir que considera que la historia no debe referirse solamente a los hechos sino también a las instituciones, con lo que se acerca más al moderno concepto de esta ciencia. Pezuela supera a Guiteras por la copiosa documentación que tuvo a su alcance pero sin embargo la obra de Guiteras, como dice Fernando Ortiz, es "la que mejor representa el ideario cubano de su época".

Finalmente "las lecciones orales sobre la Historia de Cuba pronunciadas en el Ateneo Democrático Cubano de Nueva York'' por Pedro Santacilia, más que una historia constituyen un alegato a favor de la causa de Cuba y una acusación contra el régimen español.

No teniendo a su disposición materiales suficientes, el único valor de la obra es que representa la actitud extrema de los independentistas cubanos, pues está escrita en estilo oratorio, con escasos datos y con un fin político determinado.

IV

De José Calixto Bernal sólo vamos a exponer sus ideas elaboradas desde 1847, fecha en que publicó su libro en francés sobre "La democracia en el siglo XIX'', y a través de sus otras publicaciones como la "Teoría de la Autoridad" (1856). "Democracia e Individualismo'' (1859) y sobre todo en su "Tratado Político. El Derecho. Teoría y Aplicación del Derecho y la Autoridad'', impreso en Madrid en 1877.

Después de afirmar que el mundo se encontraba en aquellos años en una época de transición, estima que lo fundamental es que los hombres conozcan cuáles son sus derechos y lo que tienen que hacer para asegurarlos.

Considera que el problema de la Autoridad y la Libertad es el más importante de las sociedades políticas, puesto que "**no puede haber libertad pública sin una autoridad inconstrastable, ni autoridad inconstratable sin libertad pública**". Dice que la Autoridad a veces se encuentra en conflictos con el derecho, que no puede basarse en la fuerza ni en la punta de las bayonetas· por lo que concluye que la verdadera autoridad se fundamenta en la opinión pública.

La Autoridad para Bernal siempre se basa en el consensus popular, pues incluso los reyes que se atribuyen poderes divinos, no pueden gobernar contra los intereses de sus súbditos.

Estudia la posibilidad de que la Autoridad pueda suprimir o restringir los derechos individuales, citando el ejemplo de una sociedad regida por propietarios y compuesta por una mayoría de proletarios, afirmando que en este caso se produce necesariamente un conflicto que sólo tiene dos soluciones: o la revolución, en que "**se procede más por instinto de venganza que por principio de justicia**'' o por el contrario que "**la minoría de propietarios sacrifique algo de sus intereses, con el fin de que el proletariado salga de la atmósfera estrecha en que vive y se ahoga**''.

Combate la creencia de la incapacidad de las masas, afirmando que los "**hombres saben lo que les conviene y que están dispuestos a realizar toda clase de sacrificios por obtenerlo**" pues es injusto excluir del disfrute de los derechos políticos a los tachados de incapaces, ya que todos contribuyen a los gastos del Estado y lo defienden con su sangre. Y aunque acepta que las sociedades políticas se encuentran desmoralizadas y que los pueblos pueden no ser aptos para gobernarse, entiende que "**la pérdida de la virtud nunca puede significar la pérdia de la libertad**'', pues si la República romana se hallaba desmoralizada más lo estuvo el Imperio, ya que no puede aceptarse "**que moralicen las sociedades aquellos que las han corrompido**''.

Se declara partidario del sufragio universal, del gobierno directo, del jurado y de que el pueblo delegue la menor cantidad de sus facultades a los gobernantes. Habla de la empleomanía o burocracia que considera uno de los mayores peligros de las sociedades, pues facilita la acumulación del poder en mano de quien dispensa los nombramientos. Proclama que la sociedad puede rebelarse definiendo la insurrección como el hecho de "que un pueblo se niegue a obedecer a sus gobernantes" presentándose este caso y leo textualmente las palabras del autor escritas en 1877 "cuando la autoridad se impone por la fuerza".

Trata del socialismo, el comunismo y el proletariado, al que califica de "llaga de la sociedad moderna y amenaza y acusación perenne contra ella". Rechaza las antiguas soluciones del problema social como la caridad cristiana, la limosna y la generosidad individual, defendiendo al reconocimiento del derecho al trabajo, oponiéndose al sistema de igualar las fortunas a virtud de que es imposible la igualdad absoluta entre los hombres y encontrando la solución de todos los problemas sociales y políticos en la existencia de una Autoridad cuyo poder se basa en la opinión pública y en que "la suerte de un individuo no dependa del capricho de otro".

Las ideas de José Calixto Bernal que llegó a proponer un sistema para regular los conflictos internacionales, mucho antes de que existieran la Liga de las Naciones y la O.N.U. requieren un estudio más amplio que el de esta breve conferencia.

Sus obras poco conocidas por la actual generación, adornan los estantes de nuestras bibliotecas más antiguas, a pesar de que en forma singular se refiere a los problemas capitales del mundo contemporáneo.

En ese sentido, José Calixto Bernal se inspiró en la filosofía política de la época y observó las nacientes contradicciones entre la Autoridad y la Libertad, el Individualismo y el Socialismo; y por eso forma grupo aparte entre nuestros tratadistas, pues sin desatender el estudio de las cuestiones nacionales, se preocupó hondamente por los problemas del mundo.

Su tesis y decimos esto sin el ánimo de establecer comparaciones, se anticipa a la de Bertrand Russel y Karl Manhein y

sus principios, se inspiran en el verdadero concepto de la democracia, que no se opone a la libertad, ni al socialismo ni a la autoridad del gobernante, que no es ni puede ser la voluntad de un hombre, de un grupo, ni de una clase, que no puede ser instrumento de los capitalistas ni de los proletarios, que simple y llanamente es el gobierno de todos para el bien de todos.

TEXTOS

DE ESTEBAN PICHARDO:
Geografía de Cuba, (1865)
Segunda parte. Pag 201.

El cubano desarrolla muy temprano sus facultades intelectuales, en la edad infantil, seimpre en contacto indispensable con los **Negritos** aprende sus pilladas, obscenidades y travesuras; el clima ardiente y la moda encienden el fuego del amor y de la conscupicencia apenas frisa en la pubertad; después de una virilidad laxa y muelle presenta antes de tiempo una precoz vejez...

. . . .

El campesino o **Guajiro** de Cuba parece otro hombre distinto, fornido, atlético, sobrio, forzudo, vigilante, indomable, desconfiado, su machete es su justicia y su razón, el caballo su compañero inseparable. Botánico, Médico, Naturalista, Tipografo sin letras ni estudios; Carpintero, agricultor práctico, conoce todos los vegetales, sus virtudes y su utilidad.

. . . .

DE ALVARO REYNOSO
Ensayo sobre el Cultivo de la caña de azúcar. (1925). Pág. 27.

Tan insensato sería que la cerril y escuálida vaca sabanera que tiene que recorrer dilatados espacios para procurarse escaso sustento, produzca la misma cantidad de leche que una hermosa vaca inglesa perfectamente alimentada y alojada, como esperar que una planta casi espontánea rindiese las mismas cosechas que la propia planta perfeccionada por el cultivo y viviendo en las más perfectas condiciones.

Comprendemos que el sobrio bracman se sustente con lo que casi sin esfuerzo pueda suministrarle una pequeña variedad de caña, más nosotros no podemos en nuestras condiciones sociales, recibir con placer tan escaso producto.

. . . .

DE ALVARO REYNOSO
Obra citada, Pág. 59.

El día en que se establezca en Cuba el regadío se horrorizarán nuestros hacendados por las sumas fabulosas que han perdido por el hereje sistema de cultivo que han adoptado.

Es preciso cultivar cristianamente. **A Dios rogando y con el riego dando.**

. . . .

DE ALVARO REYNOSO
Obra citada. Pág. 385.

El día en que los hacendados cubanos acepten y realicen, llevándolas al terreno de la práctica las ideas que venimos sosteniendo, nuestra producción se aumentará de un modo incalculable, pues muchas caballerías llegarán a producir con mayor o menor trabajo, más que la tumba más fértil...

. . . .

¿Cómo hacer esos milagros? Copiando la naturaleza responderemos; a cuyo efecto auméntese la capa vegetal, si ésta no tiene profundidad suficiente drénese el terreno, corríjanse sus propiedades físicas, modifíquese su composición química, rómpase el subsuelo e incorpórese sus partículas en el suelo.

Después siémbrese y cultívese la caña con arreglo a las reglas del arte y las exigencias de la planta. Por fin empléense los aparatos más perfeccionados para extraer el azúcar...

Siguiendo este orden de trabajo, se obtendrá artificialmente tumbas más productivas que las naturales.

. . . .

DE JUSTO ZARAGOZA
Las Insurrecciones Cubanas (1872)
Tomo Primero. Págs. VII y VIII.

Nos dirigimos solamente a los buenos de aquí y de allá, a los españoles que para ser mejores cumplen con su madre patria el primero de sus derechos y deberes: el deber y el derecho de la defensa.

DE PEDRO SANTACILIA:

Lecciones orales sobre la Historia de Cuba (1859) Pág. IX y X.

Podré aborrecer un gobierno, nunca aborrecer a un pueblo y el de España no me inspira antipatías de ninguna especie. Yo quiero para los peninsulares lo que deseo para la Hungría, lo que anhelo para la Italia,

lo que pido para la Polonia, independencia, progreso y libertad. Pero reclamo eso mismo para los cubanos y culpa mía no es que los peninsulares, casi todos contraríen tenazmente nuestras nobles aspiraciones...

. . . .

DE ZARAGOZA:
Obra citada. Tomo Primero. Pág. 95.

Ciertamente era entonces el P. Casas, el español de más influencia cerca de los cubanos; pero llevó tan allá el imprudente uso de su prestigio, levantando él mismo odios que con otra política hubiese podido evitar, que ha llegado a decirse, y no sin razón, en nuestros días, que el fué "quien con fanática pluma escribió la primera página de las insurrecciones americanas".

. . . .

DE JACOBO DE LA PEZUELA:
Historia de la Isla de Cuba Tomo I (1868). Pág. 80.

Nos hemos guiado por la vida del P. Casas que publicó D. Manuel J. Quintana con la obra de otros españoles célebres, y sobre todo por las referencias a este episodio que se hallan esparcidas en las obras del mismo Casas, que son tan apasionadas como conocidas.

. . . .

DE PEDRO JOSE GUITERAS:
Historia de la Isla de Cuba. Tomo I (1927). Pág. 269.

Mayor efecto que el terror de las armas debía hacer la presencia de Casas en aquel pequeño ejército; pues los indios confiados en su piedad lo escogieron por intercesor... Privilegio sublime, concedido tan sólo a la virtud, el poder atraerse sin esfuerzo ni violencia el amor del hombre salvaje...

. . . .

DE PEDRO SANTACILIA:
Obra citada. Pág. 49.

Para ello y a fin de no parecer parcial, citaré únicamente hechos que hayan sido contados por escritores nacionales, y aun preferiré entre éstos al virtuoso Padre Las Casas, cuya voz autorizada por la edad y por la virtud no será ciertamente sospechosa.

. . . .

DE PEDRO JOSE GUITERAS:
Obra citada. Tomo III, Pág. 123.

El General Tacón era de buena estatura, seco de carnes, de rostro moreno y grave, ceñudo en el mirar y profundamente disimulado en la expresión de su fisonomía; cuidaba mucho de la compostura de su exterior y tenía la virtud de ser metódico y laborioso en las atenciones del gobierno; la idea exagerada que se había formado de su autoridad hacía resaltar su altivez y reserva y daba a sus maneras aquella falta de soltura y gracia que no siempre adquieren los que han vivido en la estrechez y dependencia de la milicia; su temperamento impresionable lo hacía con frecuencia esclavo de la ira, era severo en extremo cuando se trataba de hacer cumplir sus órdenes, y su inflexibilidad, favorecida por las facultades extraordinarias de que estaba revestido, lo arrastraba hasta hollar las leyes si hallaba en ellas un freno a su voluntad.

. . . .

DE JOSE CALIXTO BERNAL:
Tratado Político (1877). Pág. 7.

Se inventan nuevos sistemas sociales, se escriben innumerables tratados para indagar como pensamos sobre el modo de aumentar la población, sus riquezas y sus productos y la manera de administrarlos; tenemos buques de vapor, millares de kilómetros de caminos de hierro y de telégrafos eléctricos, la industria hace prodigios y a pesar de tantos elementos inauditos de prosperidad las sociedades yacen en la normalidad de un malestar general, más que por la impericia de los hombres de Estado, por el vicio de las instituciones, por el atraso de la ciencia política.

. . . .

DE JOSE CALIXTO BERNAL:
Obra Citada. Pág. 145.

Los gobiernos despóticos anulan al individuo; en ellos no hay más que una personalidad, que es la culminante; él lo es todo; todos los demás son nada. El individuo despojado de su derecho, no tiene influencia en los negocios públicos, no puede mejorarse; para ser algo no hay más vía que la adulación y el servilismo; los que quieren medrar se arrastran a los pies del soberano, los demás se hunden en la vergonzosa indiferencia y en el degradante egoísmo de la servidumbre.

. . . .

DE JOSE CALIXTO BERNAL:
Obra citada. Pág. 224.

Ninguna nación tiene derecho de subyugar a otra. El sentimiento de nacionalidad e independencia, la autonomía social, que es la individual,

está grabada profundamente en el corazón de todos los miembros de cada sociedad y éste es el sentimiento más grande que las caracteriza. El que no repele la fuerza no tiene conciencia de su dignidad.

. . . .

DE JOSE CALIXTO BERNAL:
Obra citada. Pág. 359.

El proletariado es una amenaza y una acusación viva contra los gobiernos y por consecuencia un peligro para la sociedad.

Acusación: porque el gobierno que no procura hacerlo desaparecer o aliviarlo, no cumple sus deberes.

Amenaza: porque una gran masa de desheredados, se resolverá siempre fácilmente contra quien pueda tener en sus manos los medios de mejorar y no mejora, la suerte de tantos millares de desgraciados.

Y es un peligro para la sociedad porque cuando el gobierno está amenazado la sociedad está a punto de desquiciarse.

. . . .

DE JOSE CALIXTO BERNAL:
Obra citada. Pág. 360.

Puede ser que siempre haya habido y haya en lo adelante ricos y pobres, es decir unos que tengan más y otros que tengan menos, pero no es lo mismo ser pobre que ser proletario.

Pobre es todo el que no tenga sino lo necesario para cubrir sus más precisas necesidades, aunque tenga los medios más o menos asegurados. Proletario es aquel que necesita su trabajo personal diario y cuyo producto apenas le basta para lo más preciso, sin que tenga su trabajo de ninguna manera asegurado, por lo que no es cierto que siempre haya habido proletarios miserables expuestos a perecer de hambre al más leve capricho de la suerte.

DISCUSION

DR. MAÑACH: La Universidad del Aire ha invitado esta tarde, para hacer las interrogaciones, al Dr. Antonio Barreras, distinguido magistrado, al Dr. Enrique Gay Calbó y al Dr. Manuel Mesa Rodríguez, pertenecientes ambos a la Academia de la Historia. Ofrezco a cualquiera de ellos la oportunidad de iniciar las preguntas al Dr. Masó.

DR. BARRERAS: Quiero felicitar al Dr. Masó por su magnífico trabajo, y hacerle, brevemente, la siguiente pregunta: ¿a qué atribuye

la defensa apasionada que hace Calixto Bernal del jurado, esto es, del juez lego, del juez de hecho, sobre el de derecho, no obstante ser él letrado eminente?

DR. MASO: Calixto Bernal da la sensación, por la lectura de sus obras, de ser un ideólogo o un teórico. La base de esa afirmación puede encontrarse también en esas propias obras. El es partidario del gobierno directo. Incluso dice que el que gestiona o ejecuta los acuerdos del pueblo debe tener la menor cantidad de facultades. En ese sentido, cree que la facultad judicial debe residir en el pueblo, y como el jurado se designa por medio del sufragio —la única manera en que puede expresarse la voluntad de una colectividad—, por eso él, a pesar de ser jurista, es partidario del jurado. Es una consecuencia de las ideas que él representa. No he tenido tiempo para estudiar a fondo la vida de Bernal (he empleado mucho en estudiar sus obras); pero entiendo que en su actuación como abogado no encontró en la tramitación judicial de Cuba, en aquella época, satisfacción para sus ideales y sus teorías.

DR. BARRERAS: ¿Qué opina el Dr. Masó sobre el sistema judicial ofrecido por Calixto Bernal en su proyecto de constitución, primordialmente en lo que atañe a la supresión de la multiplicación de instancias, y la integración de un tribunal del principio, formado por todos los jueces que debían intervenir en la totalidad de las instancias?

DR. MASO: Yo creo que nosotros no estamos preparados todavía para suprimir las instancias. El hecho de que un asunto jurídico sea conocido por un juez, después por un tribunal de instancia, y luego por un tribunal de casación, facilita que no pueda incurrirse en el error, y que no se dicten resoluciones precipitadas. Esa idea de Bernal responde, pues, a su carácter de ideólogo. El veía las cosas desde un punto de vista ideal: el principio del gobierno directo, la ilusión de los hombres de aquella época de que las instituciones lo resolvían todo.

DR. BARRERAS: ¿Qué opina sobre la supresión del indulto, que consigna Bernal en su proyecto?

DR. MASO: En nuestro país el indulto ha sido siempre muy perjudicial y yo creo que debía suprimirse.

DR. GAY CALBO: ¿No cree el Dr. Masó, a quien felicito también por su conferencia, que Pezuela y Zaragoza, a pesar de las críticas que le hicieron algunos, fueron españoles primordialmente, y presentaron su criterio español de los sucesos coloniales?

DR. MASO: Estoy absolutamente de acuerdo con mi amigo el Dr. Gay Calbó. Yo quise estudiar los historiadores, estudiando esos cuatro representativos de distintas ideas o tendencias, incluso partidos después, en Cuba. Zaragoza era el español más intransigente. Pezuela, hombre más equilibrado, pero español en el fondo. Guiteras, cubano más equilibrado también. Santacilia, cubano intransigente Es evidente que Za-

ragoza —más aun que Pezuela, aunque éste también— lo que hace es una diatriba contra todo lo cubano.

DR. MESA R.: Dr. Masó, le agradezco, en primer lugar, la cita que hace de mi conferencia anterior, y le felicito por su brillante trabajo. Entre los cuatro historiadores que usted toma para presentar dos frente a los otros dos, hay uno de los historiadores intermedios, el sustituto de José de la Luz y Caballero en su cátedra del Seminario de San Carlos: Francisco Javier de la Cruz, que es un malicioso cubano matancero, que tomó lo que le pareció muy bueno de Pezuela y lo que le pareció muy bueno de Guiteras, y fabricó un pequeño tratado de Historia, para sus alumnos en la cátedra, que tiene una de cal y una de arena. ¿Qué opinión le merece a usted este asunto?

DR. MASO: Yo no conozco esa obra de Cruz, de modo que no puedo darle una opinión exacta; pero ya con lo que el Profesor Mesa Rodríguez ha dicho está de sobra calificada la actitud de ese historiador.

DR. MAÑACH: Yo quisiera hacer una pregunta, ya que el interrogatorio ha sido breve. ¿Qué influencia cree usted que ejerció Bernal sobre el ideario político de Martí? Sabemos las relaciones estrechas que hubo entre ambos en Madrid. Martí mismo da testimonio de su altísimo aprecio y de su actitud discipular hacia Calixto Bernal. De manera que alguna influencia ejerció, evidentemente.

DR. MASO: A mí me parece que ejerció alguna influencia, porque Bernal era un hombre de una gran capacidad intelectual, y que había vivido intensamente, y observado también intensamente los fenómenos cubanos de esa época. También los del extranjero. Bernal vivió en Francia, conoció la época de la revolución del 48. Vivió en España toda la agitación política de aquella época. Había vivido en Cuba en el período álgido de las conspiraciones. Había participado en defensa de uno de los acusados en el juicio referente a Tacón. Era, además, un hombre que por su misma cultura tenía que atraer necesariamente a Martí. Pero ambos tenían temperamentos distintos. Bernal era, fundamentalmente, español. El era partidario de que Cuba obtuviera, dentro de España, la mayor cantidad de ventajas. A pesar de que en el año 68 fué condenado a un año de prisión en Ceuta, a causas de un folleto que escribió, donde afirmaba que Cuba reunía condiciones incluso para ser independiente. Sin embargo, en el fondo era un reformista acérrimo, mientras que Martí, por el contrario, era un hombre de una genialidad, de una visión pasional de las cosas, de una intuición mayor que la de Bernal. De manera que sólo podía sentirse atraído hacia el hombre de gran capacidad intelectual y de gran sinceridad; pero entre los dos no pudo haber, a mi entender, una intimidad muy absoluta.

DR. MAÑACH: Muchas gracias, doctor Masó. Muchas gracias, señores interrogadores.

NDICE

LOS FORJADORES DE LA CONCIENCIA NACIONAL

PROGRAMA DEL CURSO

Septiembre 7

14.—El pensamiento político en los guerreros del 68. (Céspedes, Agramonte, Guáimaro) .... Dr. José M. Pérez Cabrera.

Septiembre 14

15.—Don Enrique José Varona .... Dr. Federico de Córdoba.

Septiembre 21

16.—Los Autonomistas. Rafael Montoro. Dr. Medardo Vitier.

Septiembre 28

17.—Oradores y Parlamentarios. (Zambrana, Labra, Cortina, Figueroa, Giberga, etc.) .... Dr. Miguel Angel Carbonell.

Octubre 5

18.—Esteban Borrero Echevarría y el magisterio nacionalista .... Dr. Diego González.

Octubre 12

19.—José Martí .... Dr. Félix Lizaso.

Octubre 19

20.—El pensamiento político en los guerreros del 95 .... Dr. Fernando Portuondo.

Octubre 26

21.—Manuel de la Cruz y el periodismo nacionalista .... Dr. Raúl Roa.

Noviembre 2

22.—Tejera y los impugnadores de la Colonia .... Dr. Elías Entralgo.



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.